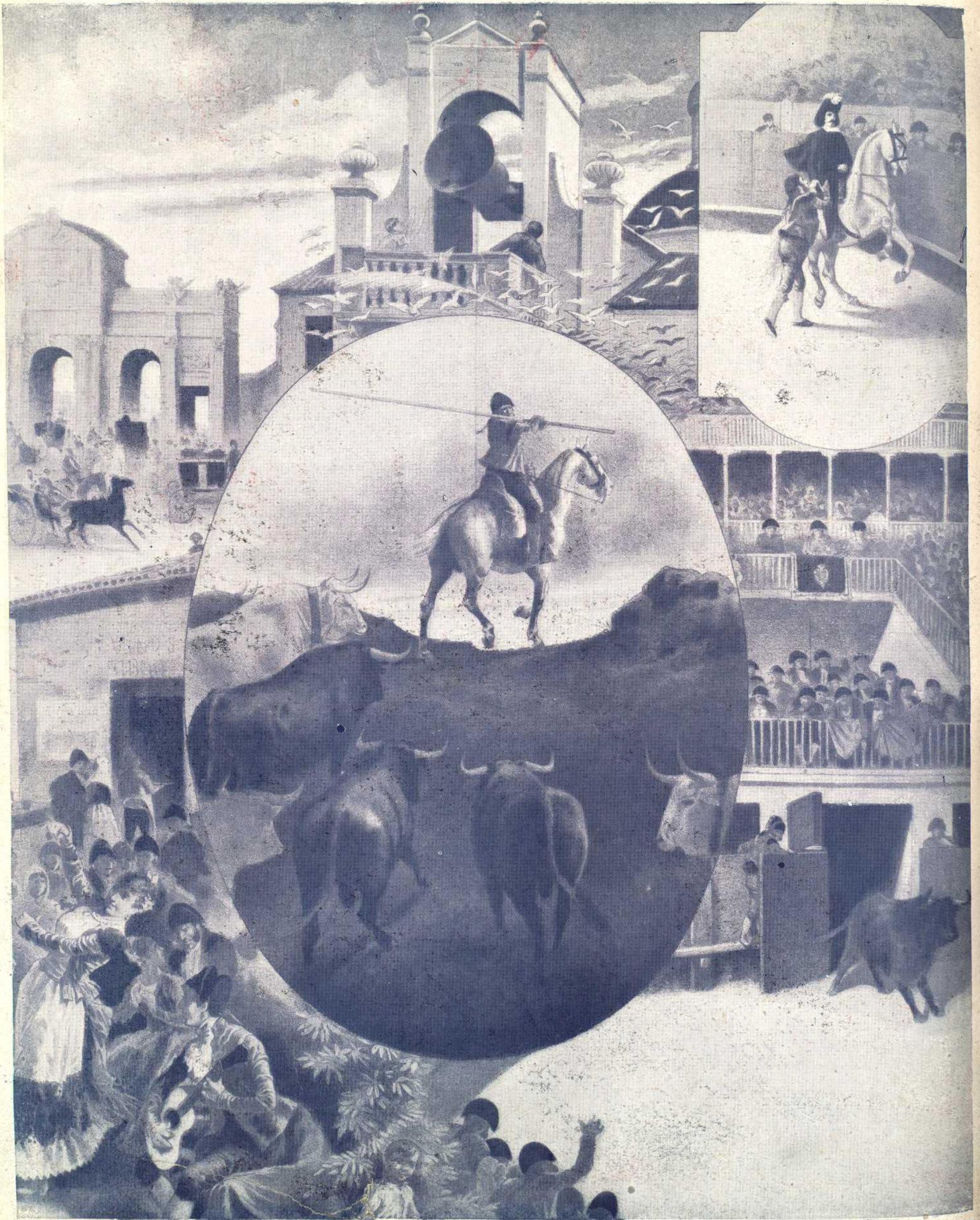


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

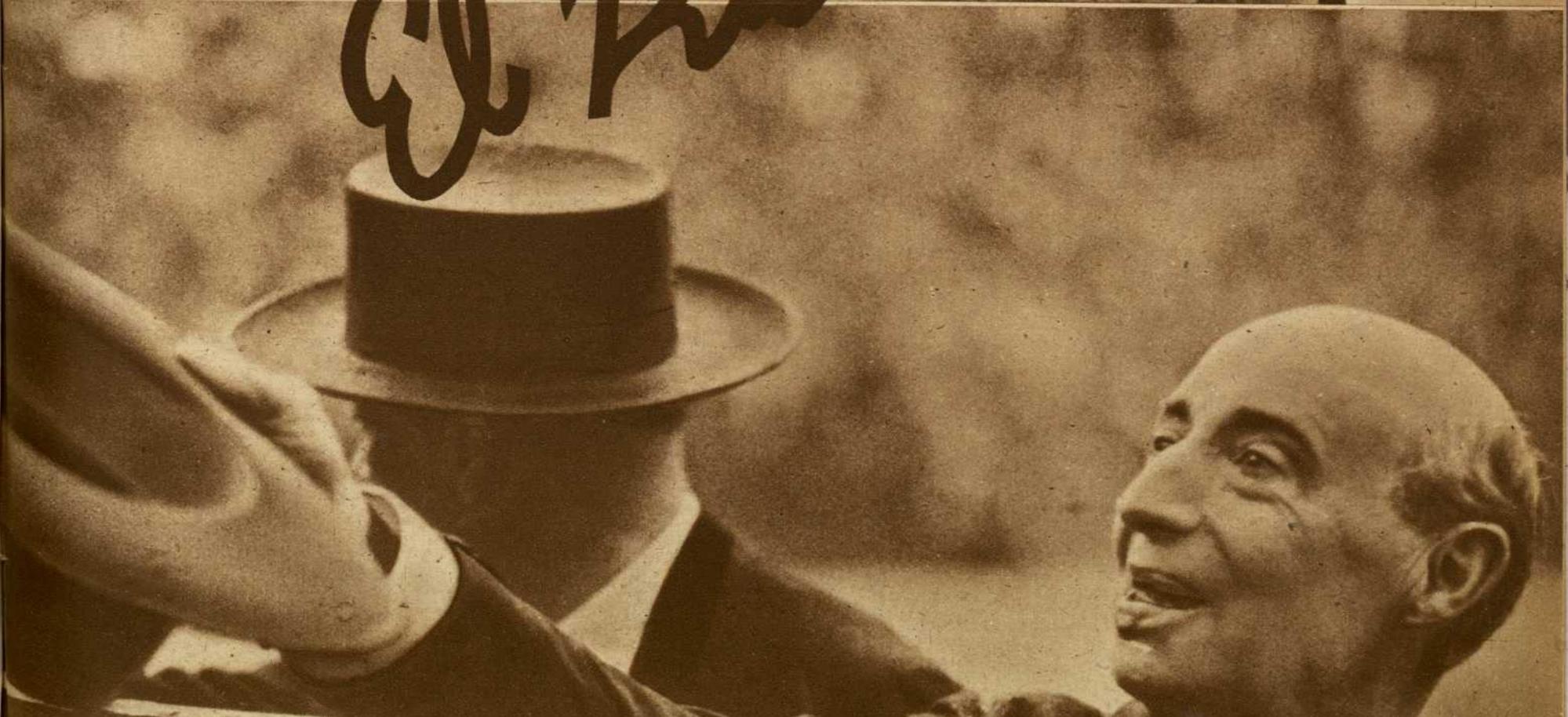
AAVEDA



Temporada taurina 1892
(Dibujó de Perea.)



Rafael Ángel Brindley



EL HOMENAJE AL GALLO EN SEVILLA

Rafael dando la vuelta al ruedo, correspondiendo a las ovaciones del público, y en el momento de brindar la muerte de su toro. (Fotos Arenas)

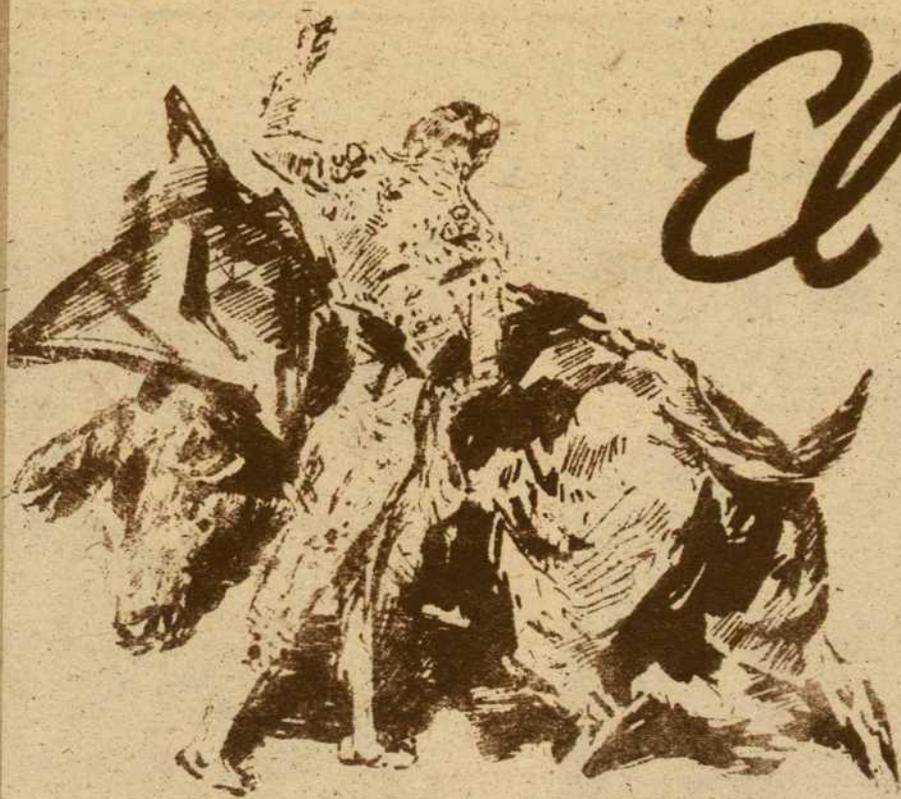
ORO VIEJO

Por ANTONIO CASERO

BELMONTE



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 8 de noviembre de 1944 -- Núm. 22

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Efectivamente; he podido averiguar ese cuanto del "tío del saco". Su relato me ha sido hecho por una de esas "personas bien informadas", con estas palabras casi textuales:

—El "tío" es un sinvergüenza y el "saco" es uno de esos llamados costales, por su forma y tamaño, bien repleto de arena. Los dos, más una larga cuerda, a la que el saco va atado, constituyen la máquina de tortura que reduce la fuerza del toro hasta que el motor...

—¿Has dicho el motor?...

—Dije el motor. El motor es otro tío—mucho más sinvergüenza que el del saco—, que es el que paga, el que mueve a éste.

Por eso le llamo el motor; pero no me interrumpas. El funcionamiento de esta monstruosa combinación puedes imaginártelo. El tío del saco deja caer desde las bardas del corral o del chiquero el costal de arena sobre los riñones del toro, tira de la cuerda y, otra vez el costal en sus manos, lo vuelve a dejar caer sobre el mismo sitio, repitiendo esta sencilla maniobra hasta que el toro deja de revolverse contra la tortura, y queda agotado para la lucha. Eso es todo.

Comprenderán ustedes que en el acto solicité de mi interlocutor una prueba, el nombre siquiera de un testigo, de un "ejecutor" o de un "motor"; pero se cerró en el más absoluto y obstinado silencio.

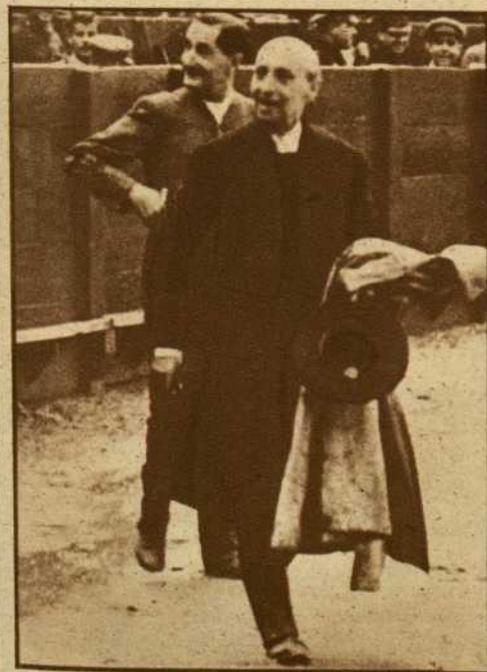
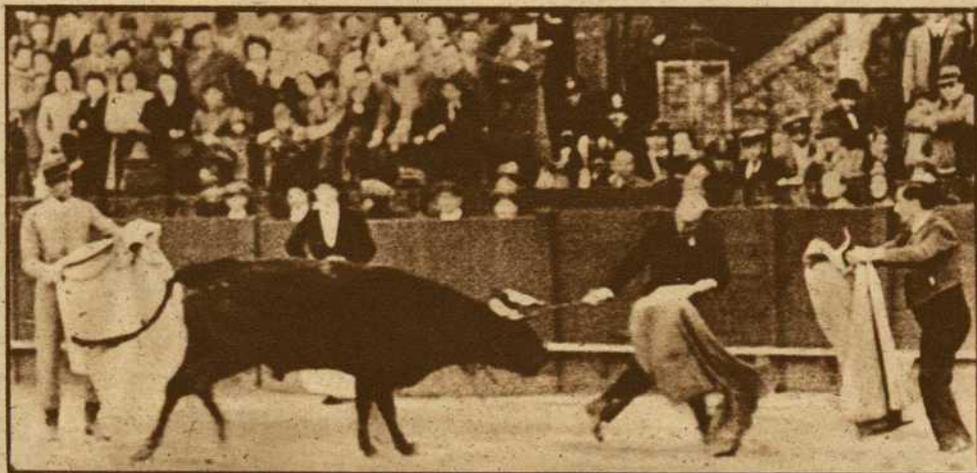
¿Será verdad? ¿Será mentira? Yo lo he contado como me lo contaron, y sin negar que los toros pisan la arena de tal forma débiles, que se caen al primer capotazo; me niego igualmente a convertir en artículo de fe lo del "tío del saco", por parecerme demasiado gordo.

Sin embargo, soltada ya la liebre, creo que no faltará quien con perfecto derecho inquiera la verdad y proceda en consecuencia.

La mejor noticia de la semana es la de la franca convalecencia de Manolo Escudero y su segura vuelta a los ruedos taurinos. Este torero madrileño nos juraría sin miedo que al toro que a él le cogió, destrozándole la temporada y poniendo en gravísimo peligro su vida, no le habían tirado ningún saco de arena, ni siquiera de paja, a los riñones.

Como ya pringamos, aunque ni siquiera hayamos pensado en asar, apareció la primera noticia de cartel taurino para las próximas Pascuas—las de Resurrección, no las de Navidad, naturalmente—. Se trata de un par de corridas en la Plaza de Zaragoza, con los nombres de Manolete y Arruza.

Tal vez sea esto hablar por hablar; pero pienso ser antena de todas estas noticias con un propósito, sin duda, inocente—; demasiado inocente!—: que la Empresa madrileña se dé cuenta de lo que madrugan sus colegas y los imite.

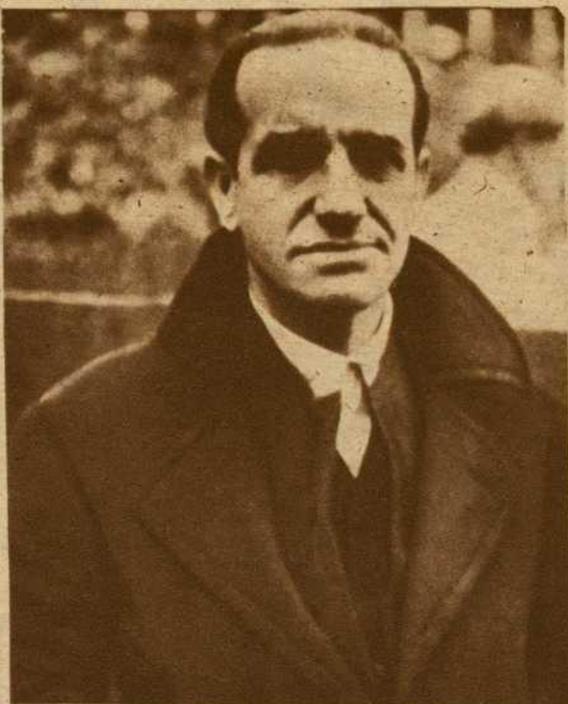


No podía faltar en este festival del Gallo una de sus notas más características: la "espantá". Y en este momento le vemos, así como después, en un desplante torero y recogiendo las ovaciones del público sevillano, que tanto le quiere. (Fotos Arenas.)

Festival en Sevilla en honor de El Gallo



El Gallo, en cuyo honor se celebró el homenaje en Sevilla, brinda su toro a un amigo



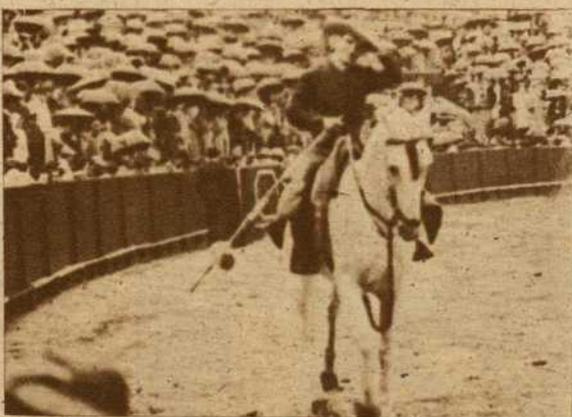
Juan Belmonte, que tomó parte en el festival, momentos antes de comenzar éste



Manolete, con sombrero ancho, espera el momento de intervenir en el festival en honor de El Gallo



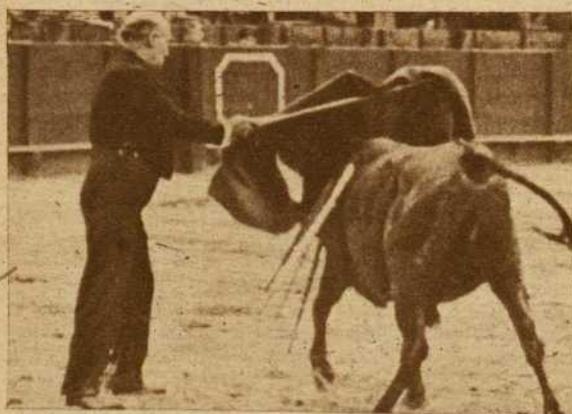
Rafael toreando de capa



Belmonte saluda a la afición sevillana desde su jaca



El diestro cordobés en un ayudado por alto



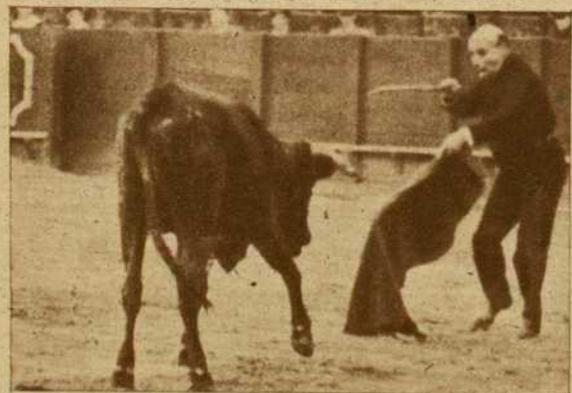
Un muletazo por alto del homenajeado



Un pase del diestro de Triana



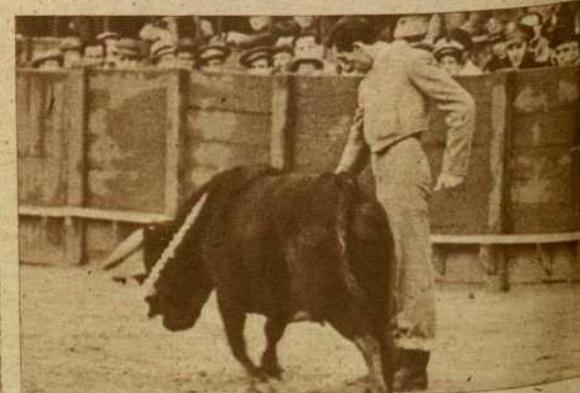
Manuel Rodríguez en un muletazo por bajo



El "divino calvo" perfilándose para entrar a matar



Como en sus buenos tiempos, Belmonte entra a matar



Manolete en un ceñido derecho

Juan Belmonte, Luis Fuentes Bejarano, Niño de la Palma, Manolete, Sánchez Mejías, Rafael Albaicín, Pepe Martín Vázquez y Alvaro Domecq



Luis Fuentes Bejarano, otro de los "viejos" que tomó parte en el festival de Sevilla



Rafael Albaicín contempla desde la barrera la actuación de sus compañeros



Pepín Martín Vázquez, que también tomó parte en el festival, aguarda en el callejón el momento de intervenir



Un ayugado por bajo de Bejarano



Un templado muletazo de Albaicín



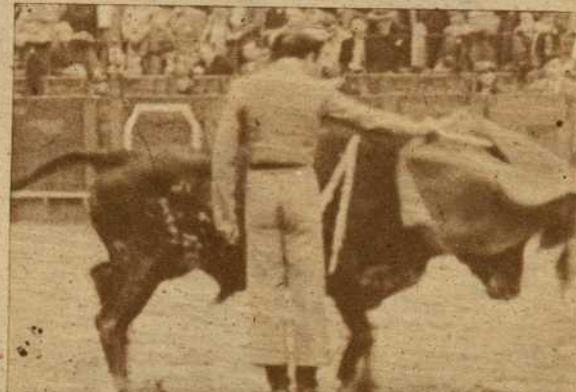
Pepín toreando de frente por detrás



El mismo diestro espera que doble su bicho



Cayetano Ordóñez, Niño de la Palma, en un pase de pecho



Sánchez Mejías en un pase por alto con la derecha



Fuentes Bejarano dando la vuelta al ruedo



Alvaro Domecq clava un rejón en todo lo alto



Alvaro Domecq toreando de muleta a su novillo



El Alcaicín, en el callejón, separándose de la lluvia

ROSTROS, GESTOS Y MOMENTOS

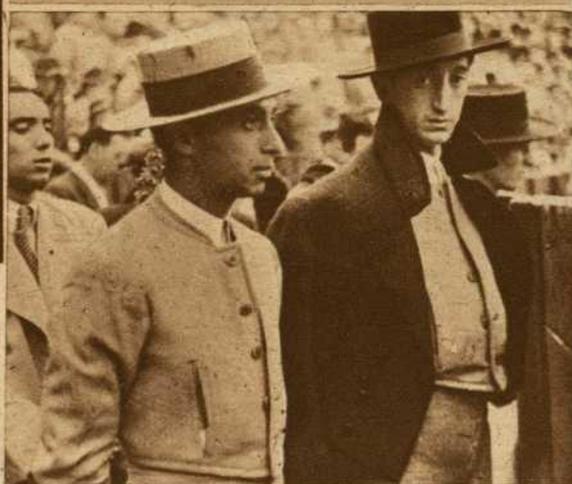


Manolete y don Alvaro Domecq presencian el festival

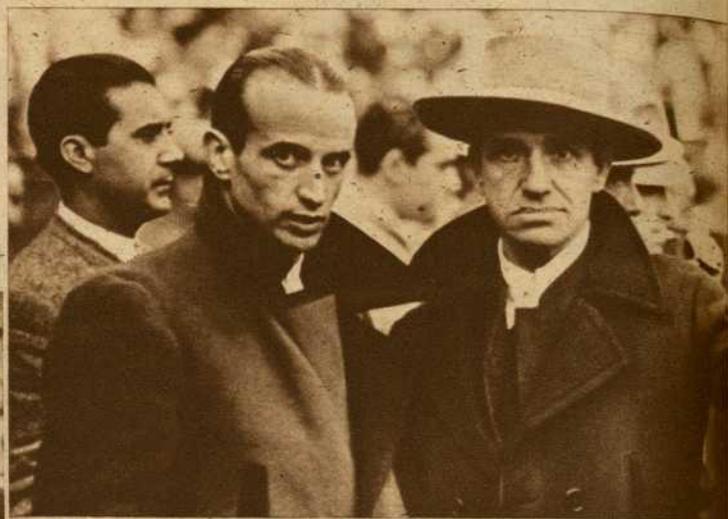


Fuentes Bejarano y don Alvaro Domecq, aguantando el chaparrón

de los toreros en el festival de Sevilla en honor de El Gallo



Manolete y Sánchez Mejías durante una "escampada"



Los rejoneadores don Alvaro Domecq y don Juan Belmonte



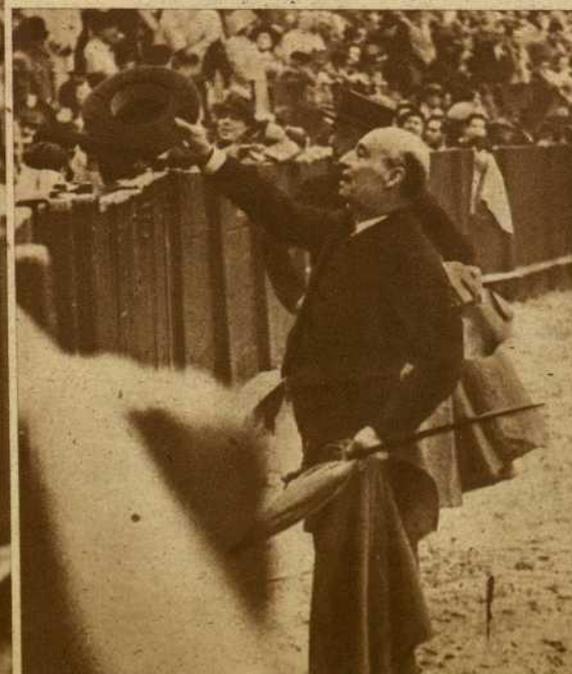
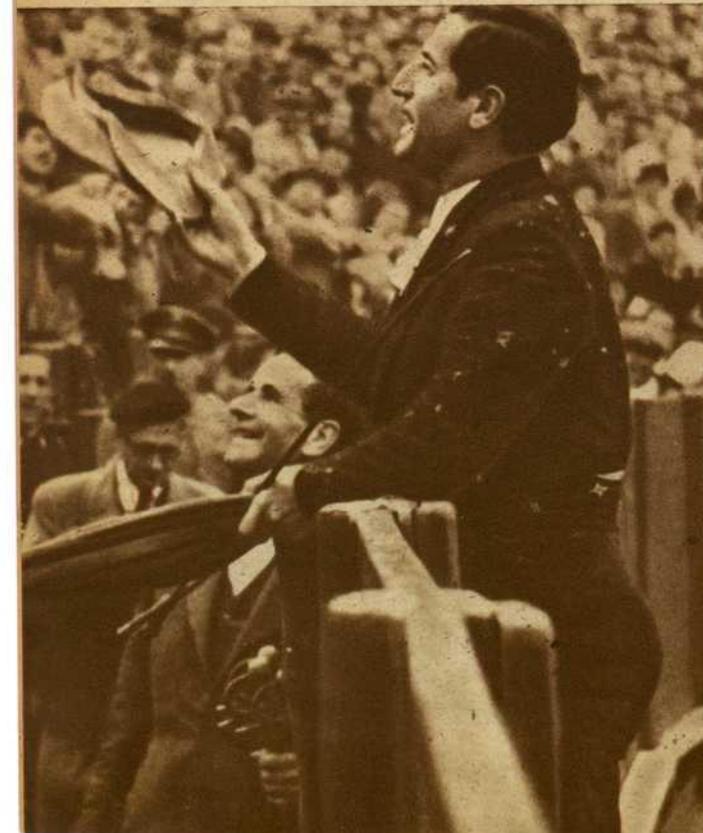
Arriba: El Niño de la Palma.—Abajo: Fuentes Bejarano durante su brindis, ambos bajo la lluvia



Arriba: El Niño de la Palma, con un capote como impermeable.—Abajo: El Gallo durante un brindis



Arriba: Pepín Martín Vázquez durante la fiesta taurina.—Abajo: El Alcaicín brindando. (Fotos Arenas.)



SIN VISTO BUENO

HABLEMOS CLARO

Por EL CACHETERO



VERDAD es que no se ha pecado por carta de menos en la crítica general del pésimo ganado que se lidió en la temporada. Al fin de ella, un querido colega y camarada presidió una encuesta entre la crítica taurina sobre el signo más acusado que había tenido. Hubo unanimidad en la pasión y violencia con que se recusó ese animalejo de las dieciséis y dieciocho arrobas, flor y espejo de las corridas del pasado año. Todos los argumentos en contra fueron sacados y esgrimidos con bazarria. Yo, a estas alturas, me atrevería a proponer una cosa. Dando de barato, como doy, el que la temporada próxima no mejorará absolutamente nada el problema básico del toro, ¿vamos a ponernos de acuerdo todos los que ya lo estuvimos en que los toros del 44

eran una birria, en no dar importancia a lo que se haga con ellos?

Mi proposición es bien simple: toro que se lidie (?) sin peso reglamentario, sin edad y sin trapío aparente al ojo de buen cubero del crítico—que ya lleva años y experiencia bastante para calibrarlos—, no se menciona ni para un remedio, aunque el matador haya hecho locuras con él. Al toro que no tome mejor o peor cuatro varas, ni sufra tres entradas para banderillas; al toro que se caiga más de una vez sin que haya resbalón que lo justifique y si sólo por flojera; el toro que presente anormales las astas, ni se le reseña ni se critica lo que realizase con él Manolete—ponemos por primera figura—ni Lagartijo que resucitase. Yo creo que sería lo más que podría hacerse, abstenerse en la trampa adelante que está empujando a los toros a no sé qué desastre final, después de denunciada una vez ya y para siempre. Pero, ¿a que no se está conforme? ¿O a que no se practica.

Tengo que hacer una confesión bastante amarga. Con el tiempo que llevo de experiencia he comprendido que la crítica arregla bastante poco. En primer lugar, porque acordé en encuestas, la mayor parte sigue fatalisticamente el camino de la resignación, diluyendo el desastre actual con anécdotas de que siempre ha habido toros chicos y toreros que los han elegido. Y aquí quedamos unos pocos disconformes, gruñendo y vociferando en desierto, con el peligro de que nos confundían, por los clamores, con esa "crítica de combate" que vive del chillido; pero, sobre todo, con la certidumbre de que ni los toreros, ni los ganaderos, ni el público, ni las Empresas, van a modificar ni un ápice una postura conjunta que han tomado entre todos, poniendo cada uno más o menos, pero que va llevando a los toros al ridículo de la mojiganga. Y lo malo es el público, que a lo mejor está conforme con lo que uno escribe, sobre todo si se cree que con ello se puede arrimar el ascua a la sardina de su torero—el público suele ser de un torerismo repugnante—, se apretuja después para sacar un carísimo boleto de la dicha mojiganga, presto a babear en cuanto Fulanito o Zutano toque un pitón limado o empalme el tercer estuario a un feble torillo de caricatura.

Miren ustedes cómo este número de EL RUEDO que leen hace el número veintidós de su vida. Veintidós semanas, más año y medio de página taurina diaria. No quisiéramos pecar de orgullo si decimos que se leen bastantes millares. Sí, se leen las tremendas alegaciones de Juan León, las ironías de Díaz-Cañabata, los floretazos de Barico, más cachiporrazos y, en fin, todo cuanto en el diario o semanario se escribe—cuéntese con que ni en fotografías se admite lo contrario—en defensa del toro. Pues en esas veintidós semanas he visto lidiar los toros más chicos de mi vida entre

veces silbidos tan sólo, si los había. En fin, por si no hubiese habido tiempo en veintidós semanas o en un año y medio para formar escuela, seguiremos tiempo y tiempo hablando mal de todos los factores que intervienen en que sea posible que se lidien los toros que se lidian. Hablando mal, en primer término, de los ganaderos, ¡menudos caballeros!, que es para lo que les emplaza en la próxima.



La última corrida de la temporada

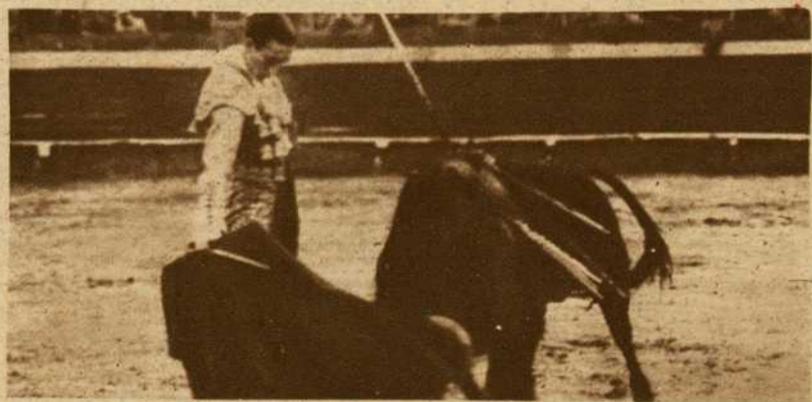
Alvaro Domecq, Pepe Bienvenida
Manolete y Curro Caro, en Gerona



Alvaro Domecq clava un rejón a su novillo en la última corrida de la temporada



Un pase por alto con la derecha, de Pepe Bienvenida



Manolete en un pase por bajo con la derecha

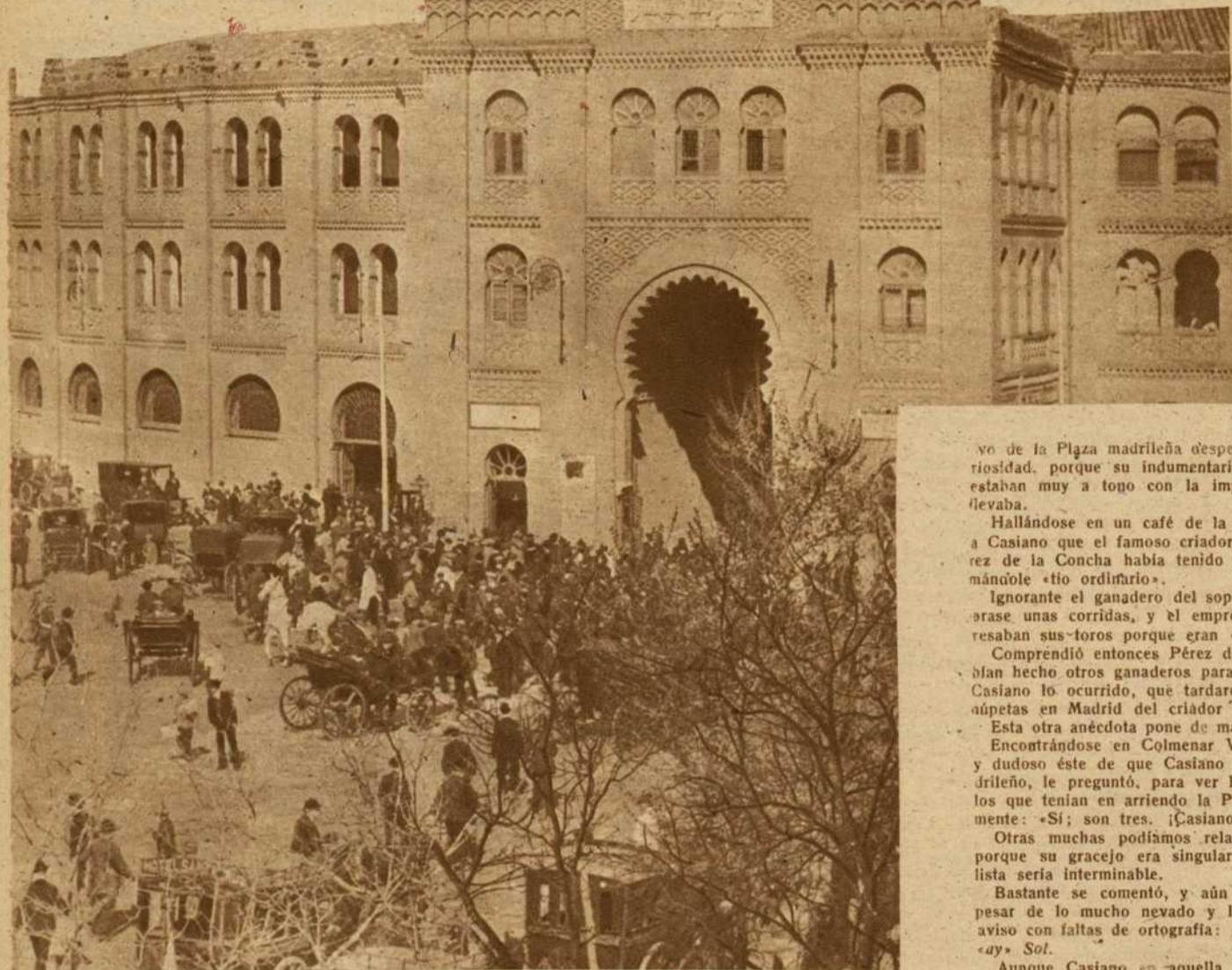


Curro Caro en un momento de la faena de su primer toro. Un buen derechazo por bajo

EL PRIMER EMPRESARIO DE LA PLAZA VIEJA DE MADRID

Se llamaba CASIANO Hernández, se hizo popular por su generosidad y su humorismo y por las faltas de ortografía en

un aviso, en el que "disponía desaparecer el Sol"



Como en aquella época los ganaderos eran los que iban detrás de los empresarios, la presencia en la ciudad del Betis del nuevo

de la Plaza madrileña despertó entre aquéllos una enorme curiosidad, porque su indumentaria y su manera de expresarse no estaban muy a tono con la importancia del negocio que allí se llevaba.

Hallándose en un café de la calle de las Sierpes, alguien dijo a Casiano que el famoso criador de reses bravas don Joaquín Pérez de la Concha había tenido palabras despectivas para él, llamándole «tio ordinario».

Ignorante el ganadero del soplo, pretendió que Casiano le comprase unas corridas, y el empresario le contestó que no le interesaban sus toros porque eran «muy ordinarios».

Comprendió entonces Pérez de la Concha la jugada que le habían hecho otros ganaderos para perjudicarlo, y tan a pecho tomó Casiano lo ocurrido, que tardaron bastantes años en lidiarse coruñetas en Madrid del criador andaluz.

Esta otra anécdota pone de manifiesto el humorismo de Casiano.

Encontrándose en Colmenar Viejo tratando con otro ganadero, y dudoso éste de que Casiano fuera el auténtico empresario madrileño, le preguntó, para ver lo que contestaba, si no eran tres los que tenían en arriendo la Plaza de Toros, replicando seguidamente: «Sí; son tres. ¡Casiano, el tuerto y yo!»

Otras muchas podíamos relatar de aquel popular empresario, porque su gracejo era singular; pero no lo hacemos porque la lista sería interminable.

Bastante se comentó, y aún se comenta en alguna ocasión, a pesar de lo mucho nevado y llovido desde entonces, su célebre aviso con faltas de ortografía: *De orden de la «impresa», «oy» no «ay» Sol.*

Aunque Casiano en aquella regla de la Gramática estaba bastante atrasado, fué un sambenito que le colgaron.

Anunciada para el 4 de septiembre del 74 la corrida de inauguración de la Plaza, tanto entusiasmo despertó, que apenas se abrió el despacho se agotaron las localidades de la solana.

Fué entonces cuando Casiano, para evitar aglomeraciones ante la taquilla, ordenó que se fijase el famoso aviso, escrito y colocado en el sitio más visible por su íntimo amigo Federico Fernández, un ternero de la plaza de San Miguel.

Llegó, por consiguiente, más allá que Josué, porque sabido es que éste pretendió parar con el dedo al astro-rey, y el ternero le suprimió de golpe y porrazo.

Era muy rumboso, y siempre procuraba tener contentos a los abonados.

Este hecho lo demuestra: El 13 de agosto de 1875, para celebrar su fiesta onomástica, organizó un espectáculo pitonudo—ahora se llaman festivales—, que fué presidido por doña Purificación Fontán, marquesa del Pazo de la Merced y esposa del gobernador civil entonces, don José Elduayen.

Asistió a la fiesta, vestido de paisano, el rey don Alfonso XII, y su hermana Isabel, princesa de Asturias, tocada con mantilla blanca.

La entrada fué gratuita para los abonados y las carnes de las reses lidiadas regaladas a los pobres.

Ardua tarea sería enumerar la serie de incidentes que tuvo con los toreros cuando todos, los años, al aproximarse la temporada, empezaba a organizar el cartel de abono, porque esto de las exigencias coetadas cerca de las Empresas de la madrileña Plaza no es sólo cosa de ahora. ¡Cocieron en todo tiempo habas!

El año 1880 terminó Casiano su gestión como empresario, y no se le debió dar mal el negocio, porque cuando el año anterior la Diputación Provincial volvió a sacar a subasta el arriendo de la Plaza, reincidió, presentando otro pliego.

Pero en esta ocasión le fué adjudicado a don Rafael Menéndez de la Vega, segundo empresario, por consiguiente, de aquel circo taurino, siempre recordado con placer, teatro de la verdadera formación del torero.

DON JUSTO

Los empresarios que tuvieron en explotación la Plaza de Toros vieja de Madrid, últimamente derribada, y de la que aún existen vestigios en el lugar donde se hallaba, el que más popularidad alcanzó fué Casiano Hernández. Buena prueba de esto es que, a pesar de los muchos años transcurridos, sigue recordándosele con deleite por los viejos aficionados.

Hombre en extremo pintoresco, tuvo que complacer en sus muchas exigencias a Lagartijo y Frascuelo, y como primer empresario del susodicho palenque, señaló normas que otros posteriores utilizaron.

Casiano Hernández había nacido en Magán, pueblo de la provincia de Toledo. En un principio, pastor y vaquero, ya en Madrid, abrazó el oficio de carnicero, siendo después abastecedor de carnes.

Hallábase por todo ello especializado en la compra y venta de ganado vacuno, conocimientos muy ventajosos para dedicarse a la organización de espectáculos taurinos.

En el año 1873, y cuando ya estaban muy adelantadas las obras de la inolvidable Plaza, se hizo público, el 29 de noviembre, el pliego de condiciones sacando a subasta el arrendamiento del taurómaco inmueble, siendo el tiempo del arriendo desde Pascua de Resurrección de 1874 hasta el Sábado de Pasión de 1880, en la cantidad de 510.000 pesetas, a razón de 85.000 anuales, pagaderas por trimestres adelantados.

El 29 de diciembre del expresado año 73 se celebró la subasta, presentándose pliegos, con arreglo a las condiciones establecidas, por don Cándido Lara, el después famoso empresario teatral; los señores Chacón, Torrijos, Casiano Hernández y Manuel Blanco Ocaña, adjudicándosele a éste en el remate el arriendo por haber mejorado su pliego en la cantidad de diecisiete pesetas!

Ya fué ésta la primera habilidad del inolvidable empresario, porque Manuel Blanco Ocaña era hijo político de Casiano, y ambos de acuerdo, habían presentado dos pliegos para que no se les fuera de las manos el negocio.

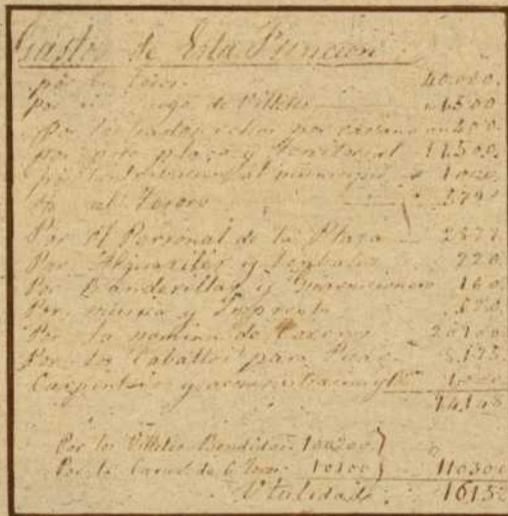
Oficialmente empresario del flamante coso Manuel Blanco Ocaña, éste otorgó un poder a favor de su suegro.

Verificada la entrega del inmueble a Blanco y a Casiano con las formalidades del caso, ocultose aquél tras de la cortina, y Hernández empezó a dar el pecho, y el dinero, para poner en marcha el negocio.

¿Lo primero que hizo? Tomar en arriendo los prados de La Muñoz, dehesa cercana a Madrid, muy ligada a los destinos de aquella Plaza—y que otros empresarios posteriores siguieron utilizando—, para tener en aquella un considerable número de reses pastando, dispuestas a ser lidiadas con el peso y el trapío necesarios.

Faltábale al empresario toledano el ojo izquierdo, por habersele vaciado, siendo vaquero, una res desmandada, por cuyo motivo no quiso nunca colocarse delante de un objetivo fotográfico.

Pronto se presentó en Sevilla y Colmenar, modestamente vestido, pero con el cinto bien repleto de onzas de oro.



Estadillo, en reales de vellón, de puño y letra de Casiano Hernández, a la 15.ª corrida de abono, celebrada el 28 de septiembre de 1879, en la que actuaron don Manuel Frascuelo, Felipe García y Hermosilla.

EL BUSTO DE LAGARTIJO COMO LO HIZO Y COMO LO DESHIZO MATEO INURRIA

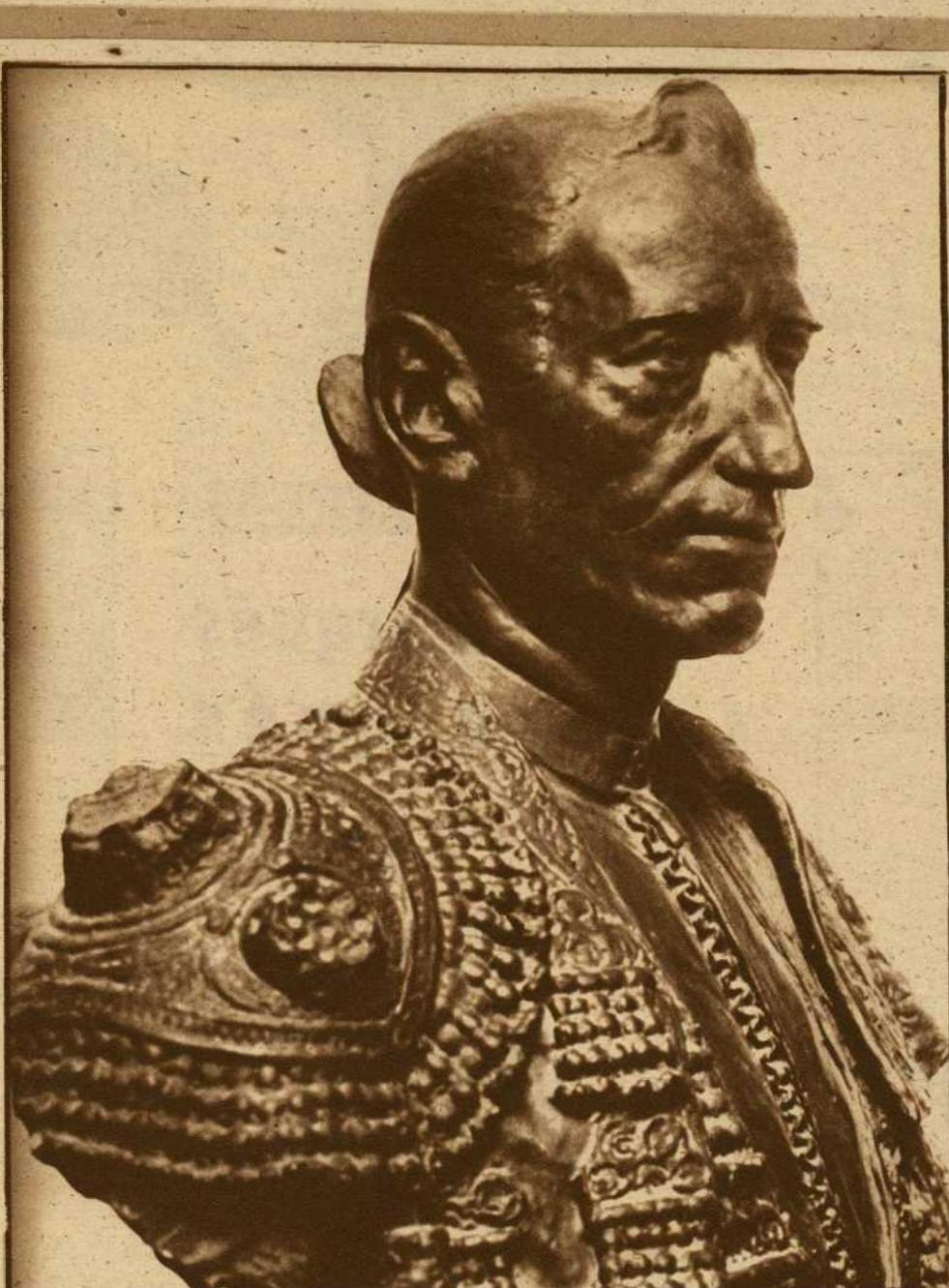
M. BARBERI ARCHIDONA

ESTE escultor, que supo construir, a golpes de cincel, la ciencia de la raza, que la condensó y la estilizó en definitivos y hondos rasgos—la suavidad de su pulgar, que modelaba acariciando sin descanso la obra terminada, hasta darle calor y palpitación de carne viva—; este artista, que erigió en su Gran Capitán el himno de bronce y de llama de las glorias castrenses de España, y que dedicó muchos años de su vida, austera y gloriosa, a “terminar” el busto de Lagartijo, no era aficionado a los toros.

Aún más, era “anti-aurino” convencido. Nadie le vió en una corrida... Pero cuando tureaba Lagartijo...

Inurria estaba apasionado del valor escultórico de la figura de Lagartijo. Cuando iba a la Plaza para verle, iba a “empaparse” de la plástica de un modelo soñado. Lagartijo era para Inurria el desarrollo de un vivo poema plástico que nunca se cansaba de contemplar. La cabeza le parecía un modelo acabado—el más apurado modelo— del cordobésismo. Hubiera podido ser un emperador o un filósofo romano cordobés. Y hubiera podido ser también un enjuto y enigmático califa, realizador de alcázares dorados. Rasgos secos, precisos, de una energía concentrada y hermética. Sabía el valor de la Vida y de la Muerte, tal como Muerte y Vida son bajo el cielo quemado de Córdoba. Había que verlo disertar, con palabras lentas, en el café cordobés, dentro del oro palpitante de las largas tardes. Pero había que verlo también ante el toro, jugando el trágico juego desdenoso de sus medias estocadas fulgurantes—parecía tener en las manos la espada flamígera de los arcángeles cordobeses—, y de sus “largas”, rojas y pausadas, como un crepúsculo de Estío... En fin, Lagartijo.

Croquis de aquellas actitudes podían encontrarse a decenas en el Estudio del escultor: croquis, apuntes, bocetos, estudios...



Busto de Lagartijo, por Mateo Inurria

Y un día, un mal día, Córdoba se vistió de crespones por su mejor torero. Entre rosas y azahares de la sierra más bella del mundo, en un féretro taponado de plata, yacía Lagartijo. Todo el pueblo desfilará, llorando, por la capilla ardiente. Aquel dolor se cantó en romances...

El lidiador había muerto en su cama y de enfermedad. Hacía ya muchos años que los surcos enérgicos de sus mejillas se habían hecho arrugas, y que los cabellos, recios, blanqueaban en los tufos como alambres de plata.

Mateo Inurria acudió a la casa. Con él iban las artesas de la escayola y los palillos de escultor. Allí realizó la labor minuciosa de vaciar en yeso la cabeza, cuya fuerza y cuyo carácter—esencia de Córdoba—le habían seducido siempre. Y allí estaba la mano, vencedora de tantas fierezas; la mano que había dominado, durante años, a la tragedia y a la Muerte. Estaba allí, rígida e inmóvil, pero cerrada en puño, como si aun sintiera en sus músculos las guardas del estoque.

Acompañaba a Inurria uno de sus discípulos, y entre ambos sacaron la mascarilla y “la mano que mataba”; bárbaro poema de valor y gallardía. De aquellos vaciados sacó únicamente dos copias; la primera la regaló al gran lagartijista y aficionado cordobés don Antonio Ferroha. Las otras las guardó para él.

Y en aquel clamoreo de dolor, en aquella reviviscencia de popularidad que se caldeaba alrededor del cadáver de Lagartijo, la familia, entre lágrimas, solicitó del escultor que hiciera un busto, en mármol, del torero.

No deseaba Inurria otra cosa. Siempre le había tentado aquella idea, y se puso a la tarea con entusiasmo. Lagartijo, que durante tantos años y tantas veces había sido el modelo vivo de tantos proyectos, iba ahora a ser, muerto, la realización de uno de sus sueños de escultor. Para ello le sirvió la mascarilla. Mateo Inurria modeló un busto, de técnica minuciosamente realista. Alamar por alamar, rizo por rizo, hasta el último detalle de aquella piel curtida, pasaron al barro con sensibilidad de vida. Esta era una de aquellas obras de la primera época, cuya totalidad repudió el maestro años más tarde, destruyéndolas sin piedad! Pero entonces las tenía dentro del corazón.

Terminarlo el barro, y al ir a emprender la obra en mármol, Inurria presentó su presupuesto a la familia de Lagartijo, y la familia hizo cálculos. Ya hacía algún tiempo de la muerte del torero. Se habían marchitado todas las flores, se habían secado todas las lágrimas, se habían enfriado todos los entusiasmos... Los herederos del gran lidiador creyeron que una buena ampliación fotográfica era suficiente. Regatearon—intentaron regatear—; pero Inurria cortó la conversación por lo sano. Al llegar a su casa, a su Estudio, cogió un pesado mazo de madera y asestó el primer golpe sobre aquella cabeza, cuya enjundia española y torera le habían seducido años enteros. Continuó golpeando, hasta reducir a fragmentos todo el busto. Y decidió:

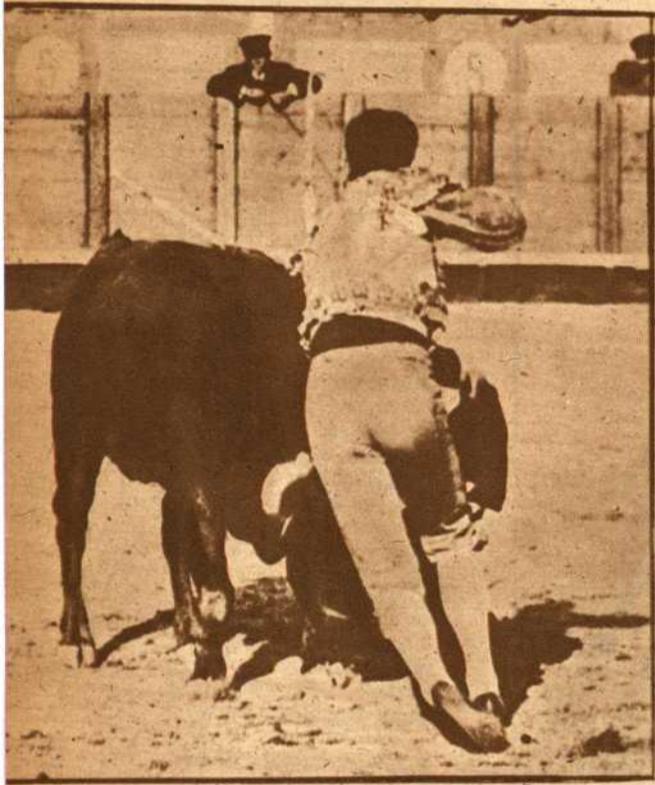
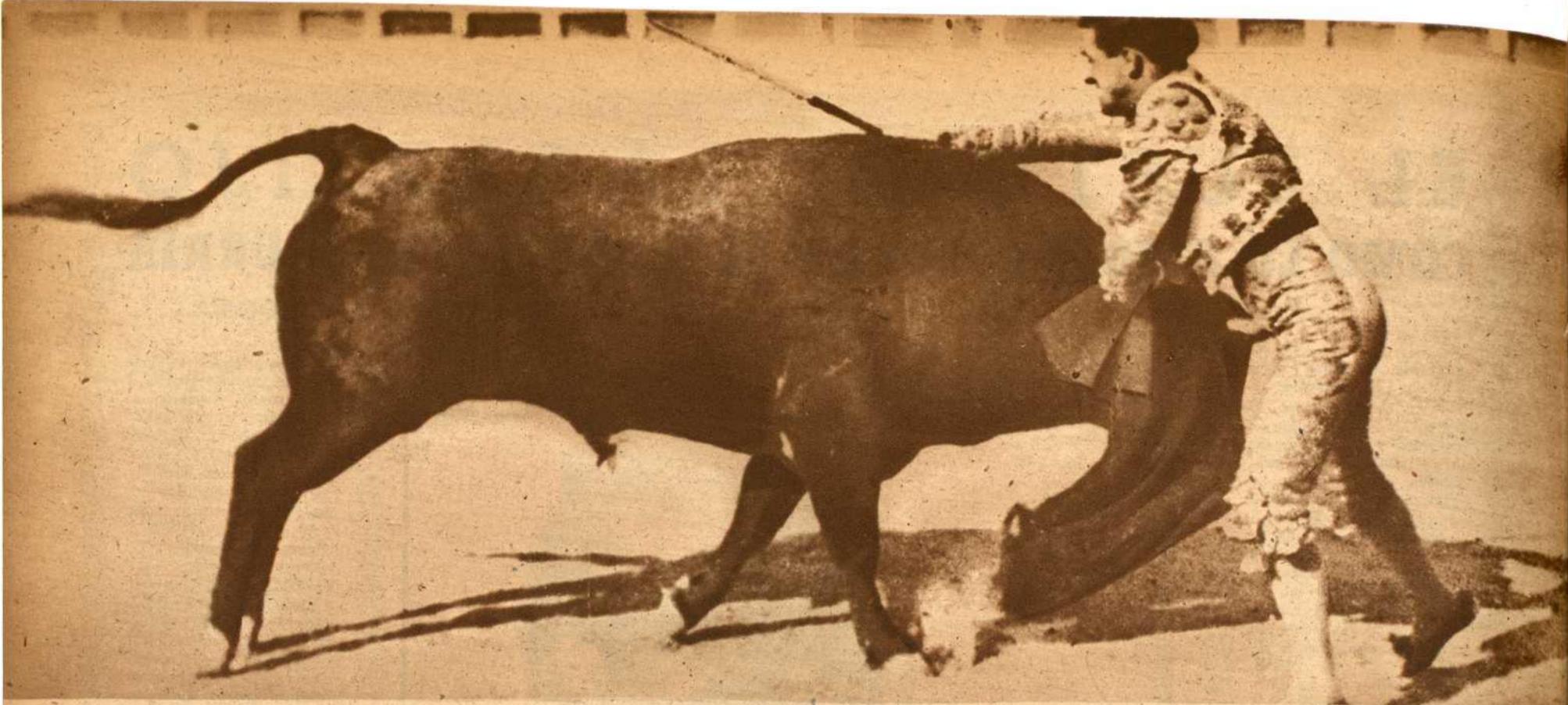
—Haré otro busto para mí, a gusto mío. Tal como yo empiezo a sentir la escultura...

Hizo el busto. El que hoy existe fundido en bronce, verde-moreno, como una verdadera cabeza cordobesa. Lo hizo simple, estilizado, sensible, lleno de vida y de espíritu, y se quedó con él, como se lo había propuesto.

Se dijo entonces, se ha dicho muchas veces después, y algunas veces esta opinión llegó hasta oídos del propio Inurria, que la estatua del Gran Capitán llevaba la cabeza de Lagartijo. Inurria se reía de estas cosas. Prueba evidente de lo equivocado de esta leyenda se encuentra en la comparación de ambas cabezas. Tampoco es cierto que Inurria hiciera en esa escultura su propio retrato.

—Cada uno es cada uno—decía el escultor, con su concisión tan cordobesa—. Yo soy yo; Lagartijo era Lagartijo, y el Gran Capitán era el Gran Capitán.

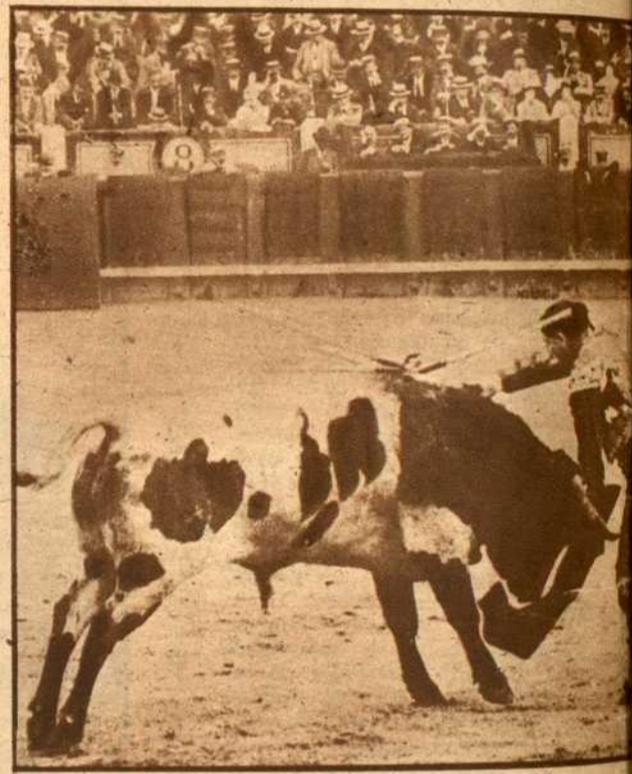
La cosa está bien clara.



TEMAS TAURINOS

Varios porqués sin porqués

Por FELIPE SASSONE



HABLANDO de la diferencia, no fácilmente apreciable por cierto, entre el volapié y la suerte que los antiguos llamaron arrancando, con un médico muy aficionado a toros, y como tal vehemente y caprichoso, salió el hombre al paso de mis razonamientos diciéndome que todo aquello era demasiado afinar. ¿Por qué?—le pregunté a mi vez—. Y el buen galeno, sin saber qué contestarme, acabó diciéndome que no consideraba ciencia exacta la del torero; a lo que yo repuse que tampoco lo era la Medicina, y que cada toro era un enfermo nuevo que nunca presentaba el síndrome completo.

Ahora leo, en el número inmediatamente anterior de esta Revista y en un artículo de ese poeta andaluz gracioso, fácil y agudo que se llama Pepe Carlos Luna, que describir de toros no es definir ex cátedra. Vuelvo a preguntar: ¿Por qué? Se me antoja que todo estriba en lo que sepa del asunto el profesor, y así mi voluminoso, hrico y saladisimo amigo pudiera definir ex cátedra el torero si de ello supiera lo que sabe de cante gitano y flamenco, porque sabría también que la suerte de banderillas, aunque por bonita y garbosa no deba suprimirse, para nada sirve, como no sea para descomponer a los toros, pues ni ahormá ni castiga.

Volviendo a la suerte de matar arrancando, confieso que no acierto a comprender por qué se llama así. He aquí cómo al empezar este articulo, me enfrento tres veces con un porqué interrogado que no tiene la respuesta concreta de su porqué definitivo. ¿Se llamará arrancando la suerte de matar en cuestión porque en ella se provoca la arrancada del toro, lo que no ocurre en la del volapié, donde basta para pasar con que el toro humille y descubra, aunque no arranque? Tal vez sí. Lo cierto es que en el volapié el diestro se tira a matar, y en la suerte arrancando

se tira a matar y no es exactamente una misma cosa, aunque mi amigo el médico—furibundo partidario de Villalta—opine que todo ello es demasiado afinar. ¿Por qué demasiado?—pregunto de nuevo—. En efecto, en la suerte arrancando, el diestro provocó la arrancada al adelantar la muleta, y espera un punto, un instante brevísimo, casi inapreciable a simple vista, para hacer el cruce. Así, averiguados al iniciarse el arranque del bruto el ímpetu y la dirección, podrá ejecutar la suerte acomodando su velocidad a la del enemigo. Sólo en la suerte de arrancar podrá entrar despacio, como no puede en el volapié. ¿Me dirá el lector, si no le repugna afinar como al buen Hipócrates con quien discuto, que de tal guisa considerada la suerte de arrancar, se confunde con el volapié al encuentro? Pero yo le diré que no, porque en el volapié al encuentro puede no haber precedido cite, y si lo ha precedido, por el hecho de haberse arrancado el toro antes de que el diestro adelantase la muleta, el matador se verá obligado a entrar aprisa, ganándole el viaje, es decir, yendo a su encuentro para adelantar el momento del embroque. Cuando en trance de igualar el torero, antes de acabar de enhilarse, se arranca el toro, y el diestro, en vez de irse a él, lo espera y lo hiere despidiéndole hacia atrás con la muleta, se dice que la estocada fué aguantando. No importa que el matador, para enderezarse con el viaje del toro, se mueva un momento antes del embroque: mientras no haya ido hacia su enemigo y se haya limitado a esperarlo con más o menos quietud, habrá consumado la suerte de aguantar. En el caso de que en el momento de tirarse a matar a volapié se arranque el toro, antes de que la muleta haya llegado a su hocico, y el diestro, en vez de renunciar a la suerte, avance a su vez, se cruce con el toro y lo hiera, se dirá que la suerte ha sido a un tiempo, por la simultaneidad del ataque del hombre y la embestida del bruto.

Las suertes a volapié y arrancando son premeditadas; las aguantando y a un tiempo, en cambio, son casuales, y en éstas el diestro resolvió de pronto herir aprovechando la coyuntura porque el viaje del toro y el momento le parecieron propicios. En eso precisamente, en el propósito preconcebido, habiendo cuidado del toro durante toda la lidia para consumir la suerte, se diferencian las de aguantar de recibir. El que quiere matar recibiendo ha de citar para hacerlo, y sólo habrá consumado la suerte—mientras no abandone su sitio antes de dar la estocada. Entre algunos antiguos tratadistas, afirmaba don José Sánchez de Neyra que la suerte de recibir perfecta había de realizarse con los pies juntos por los talones, formando escuadra y sin moverlos ni antes ni después del embroque. Yo,

que jamás la vi ejecutar de tal manera, tengo para mí que se trata de una teoría falsa de imposible aplicación práctica; con los pies juntos y sin moverlos después del embroque no hay quien mate a un toro: apenas pinche, o se cae el diestro, sin base de sustentación firme con los pies juntos al empuje de la fiera, o ésta lo levanta del suelo y da al traste con la suerte. Para matar recibiendo se avanzan a un tiempo la muleta y la pierna izquierda, y en esa posición, la de « fondo » de la esgrima, un poco menos abierta, se espera la acometida. La suerte puede consumarse de dos maneras: o trayendo la pierna izquierda hacia atrás, mientras el toro avanza, para juntarla con la derecha, o adelantando ésta hacia la pierna del cite para hacer el embroque y salirse después del centro de la suerte. Porque en todas las suertes de matar la reunión la deshace el torero, porque como no se puede herir bien, sino a mansalva, cuando ya ha pasado la cabeza del toro, el torero, por el contrario, ha de estar « embraquetado »—según el conocido término taurino— hasta que acabe de dar la estocada, es decir, con las astas delante de sus piernas, y después, para deshacer la reunión, mientras el toro sigue a la muleta o se queda al sentirse herido, que todo puede ser, buscar él su salida por pies. Por los costillares de la res, por un lado, huyendo, o por la cara si no logró pasar, sale el torero por pies, y cuando no, sale por el aire como si tuviera alas. Este es el caso en que puede considerarse verdadera la sentencia atribuida a Lagartijo: « Que no se quita usted, lo quita el toro ». Y otra cosa sólo puede afirmarla quien no haya, ni siquiera por afición, matado un bécerro en su vida. Quedan más cosas y más porqués de las suertes de matar. Pero será otro día, que hoy ya me duelen la mano y el brazo, hasta la articulación del hombro, de tanto pinchar en hueso.

AFICION Y NEGOCIO

CÓMO SE LLEGO A LA ANSIADA FÓRMULA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Fatalmente; con seguridad un tanto pedantesca tenemos que iniciar la presente crónica. Tenga usted un poco de paciencia que, a la postre, estamos seguros de que verá claro.

Muchísimo más difícil

es la solución del problema que plantean los regios de Curro Cúchares o las observaciones de Paquiro que reducir a cero el cociente de una fracción elemental, cuando los términos los fijó la tradición o, si mejor parece, la costumbre.

El papel que en las viejas normas de la tauromaquia jugaba el riesgo, era, hasta cierto punto, secundario, y al arte y a la técnica se encomendó disminuirlo, ya que nunca se pensó en evitarlo totalmente. Pero si la tradición deja de serlo para convertirse en entelequia, la cosa varía, y el problema se convierte en algo así como una receta de cocina.

Jugando guarismos, que no guapezas, precisó encomendar a las matemáticas lo que no se aviene con el valor, ni siquiera con la afición profesional.

Cuando al torero lo apoderaba «el padrino» nunca se emparejó el cariño a la blandenguería. Si aquél lloraba, con lágrimas de verdad, un percance del ahijado, jamás entraba en el campo de su dignidad, maleándolo con inadecuados mimos y consideraciones inoportunas; porque el buen nombre de su torero era patrimonio de la profesión y del público que pagaba para aplaudirlo. Y medraron los toreros a la sombra de la «vergüenza torera» si la mala suerte no los apartaba del camino de la popularidad y de la jácara, derribándolos del trono que con oro de cazas peluconas les labró la admiración a su arte y destreza.

Un gran torero—¡Dios lo tenga en Gloria!—, porque no necesitaba nodriza ni consejero, ideó la emancipación, más real que aparente, administrándose a sí mismo tras un apoderado de paja de ceneno. Y, naturalmente, se aunó a la consciencia del peligro el natural deseo de esclayarlo. De nada le sirvió la cuquería, y el pobre rindió la vida de glorias y triunfos en una plaza de toros pueblerina. Terrible y lamentable ejemplo de su modalidad administrativa que no evitaba el riesgo y que a la postre le hubiera desprestigiado, a cuenta de tanteos y remilgos tan ineficaces como poco gallardos, si el arte no culminara en aquella juventud de tan altísima estrategia en los ruedos como sabía en marrullerías guerrilleras, en las encrucijadas de tentaderos y cafés.

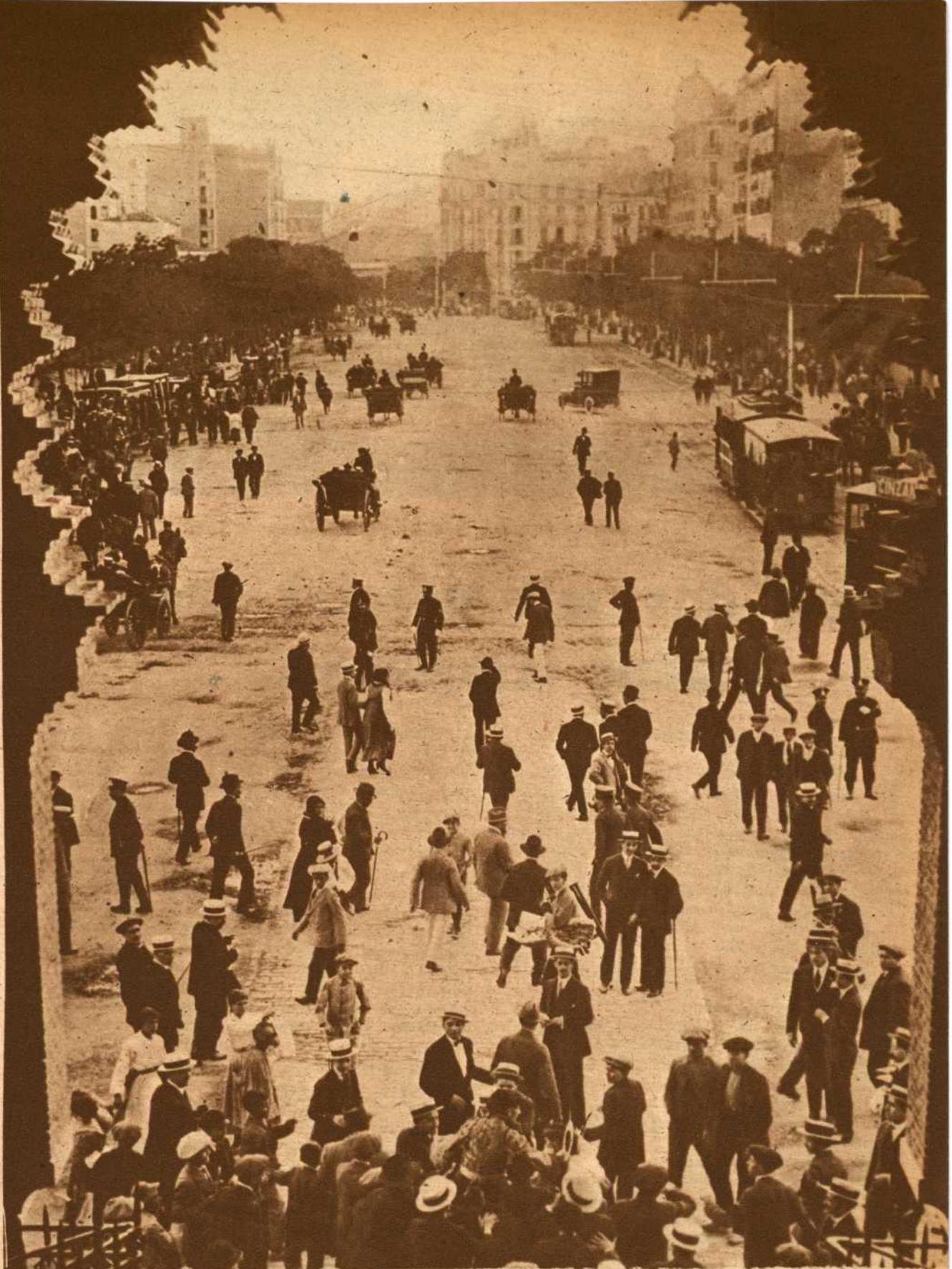
La afición perdió terreno y lo ganaba el negocio.

El empresario se hace apoderado, reuniendo en la misma mano, peluda y encañada, todas las posibilidades de la fiesta nacional que él conda y juega con las intenciones en su conveniencia y los ojuelos en la taquilla. Y como todos sus colaboradores sintieron idénticos estímulos, el que no pasaba por las hocas caudinas del ramuelo se le enmohecía el traje de luces; se comía sus toros con papas, o se privaba—en inútil protesta—de esa diversión que reclama imperativamente nuestro temperamento, por

atavismo o por ataxia—me da igual—. Pero como el sometimiento era forzado y la genialidad del comerciante temió las consecuencias de un cataclismo por hauritura, se desmoronó el castillo levantado entre insostenibles cubileteos. Precisaba ahogar de manera definitiva las exigencias del buen aficionado que, por temporadas, engrosaba sus filas de partidistas exasperados y mohinos.

Para conseguirlo, nada tan pertinente e irresponsable como una fórmula matemática, tanto más perfecta cuanto más sencilla e innominada. Una fórmula simple y al alcance de todas las inteligencias. Una fórmula indiscutible, concreta y taxativa. ¡Nada de aficionados cascarrabias, siempre volviendo la vista a pasadas competencias y gallardías! ¡Nada de Asociaciones acotadas al advenedizo que idea un hierro y elige unos colores para señalar y enmascarar los becerros que le parieron las pocas vacas que cubren su expediente y las camadas pajunas del vecino, al que da lo mismo verlas, a la postre, apuntilladas en el lógico matadero municipal o en la plaza, ante un público distraído y bullanguero! Y la fórmula surgió precisa y maravillosa: PESO + PITONES + PODER + NERVIO, partido por el número de PESETAS.

Si el cociente es el RIESGO, o usted ganadero reduce el NUMERADOR—dividiendo—a lo infinitesimal, o yo, torero, elevo el DENOMINADOR—divisor—a lo ultratelúrico. ¡A ver, qué pasa! Por fortuna para todos, no se quebró entre ellos la jarrita pintada. Ambos han comprendido la responsabilidad de su misión y los toros todavía no son del todo gatos, y los emolumentos del espada puede pagarlos el Banco sin llamarse a quiebra.



La puerta grande de la Plaza vieja. Sombreros de paja aguadoras, guardias municipales que recuerdan a Chueca y el matador saliendo en hombros de sus admiradores por la puerta grande! Al fondo, la avenida de la Plaza de Toros: simones, tranvías con jardincra... (Fot. Baldomero.)



El Gallo brinda la muerte de su novillo a don Enrique García Oviedo

"Con dos mil pesetas diarias podría arreglarme..."

XXII Y ULTIMO

Ya lo largo de nuestras conversaciones había opinado el Gallo sobre toreros de ayer y de hoy. Sobre Belmonte y Manolete, Sobre Joselito y Bombita. No sé por qué aquella mañana, mientras la manzanilla esperaba en vano nuestros honores y nos dedicábamos, con un desprecio nada flamenco, hacia el vino, a comer "bocas" de la Isla, le pregunté:

—¿Y de Pepe Luis Vázquez, qué me dice usted?
—Ahí hay clase.
—Pero, ¿de qué clase?
—De la mejor. Torero fino. Torero grande... Hay casta.

—No obstante, este año...
—Eso pasa con todos los toreros grandes. Hay temporadas que andan encogidos. José Luis, después de aquella cogida que le partió la cara, anduvo un poco a la deriva. Era natural. El chico tenía que encontrar la confianza, eso que llamamos nosotros el sitio. No le quepa a usted ninguna duda. Hay torero y torero largo...

—¿Y su sobrino? ¿Y Gallito?
—Usted verá. Ese es de casa. Hay... temperamento. Un temperamento enorme. ¡Pero estos chicos de ahora! El día que quiera se hará rico. Hay nombre, hay tradición, hay facultades y hay artista.

—¿Entonces?
—Hay... que esperar. Rafaelito tiene que armar muchos alborotos.
—¿Y Gaona?

—Gaona estuvo en pugna con mi hermano, lo que no importa para que yo reconozca que era un torero bueno, bueno, ¡superior! Claro que como Belmonte, nadie. Ochenta o noventa corridas en la temporada, con José, y con toros que daban miedo. Así durante ocho años. Había que ver lo que era él: un fenómeno.

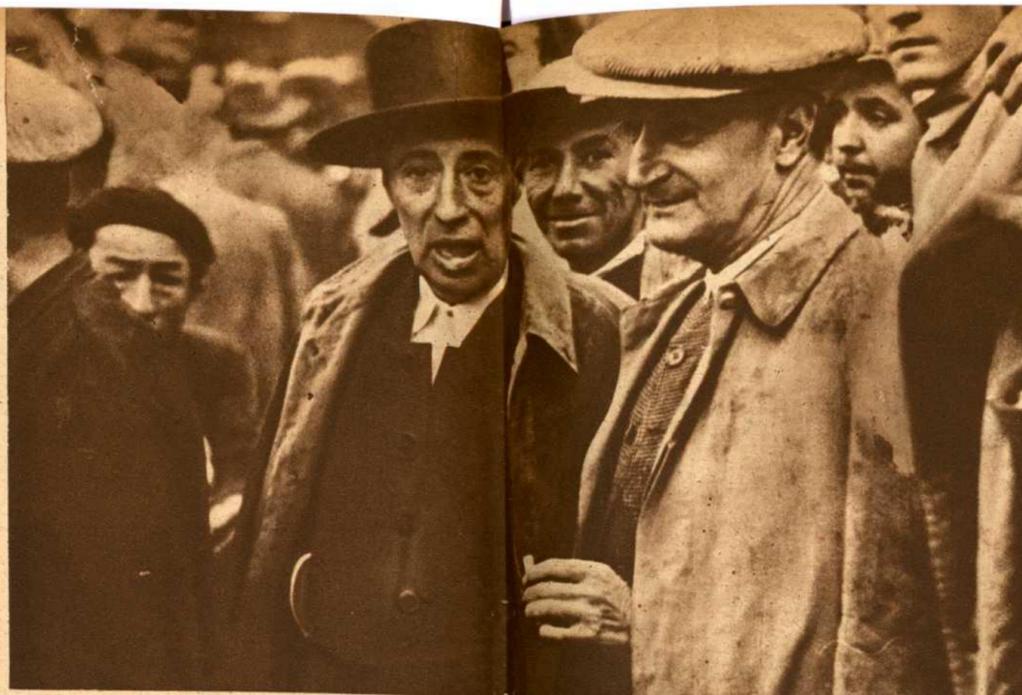
—Hoy no se dan casos así...
—No sé. Los toreros de hoy son... otra cosa. Actualmente, se le ponen peros al pasado. De este no quiero y de este tampoco. Toreros hay, ya lo creo que los hay. Se les nota en seguida. Yo los conozco cuando hacen el paseillo. En el modo de llevar el capote, le digo a usted si hay torero o no. Son otros tiempos, por supuesto. Antes, un torero como Mazantini, que no hacía más que matar, pudo colocarse en primera fila y competir con Guerrita y Emilio el Bomba. ¿Qué le parece a usted?

—Que se le daba a la suerte de matar una importancia que no tiene hoy.
—Después vinieron los tiempos de Belmonte y José. ¡El acabóse!

—Usted se lleva muy bien con don Juan.
—Pues sí. Es mi amigo mejor y mi compadre. Me trae y me lleva, y me lleva y me trae como si yo fuera un chico pequeño. El me organiza los festivales, me aconseja y me riñe. El mundo al revés. ¡Y me hace cada faena!

—¿Hombre, Rafael!
—El otro día estaba yo aquí, en este mismo café. En esto que viene Juan. Me dice: "Anda, vámonos al

Rafael, en un palco de la Maestranza, recibiendo el brindis de Fuentes Bejarano



El banderillero Pepe Rodas, con Rafael el Gallo, agua nta la lluvia, que impide por el momento continuar el festejo

Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

campo, que voy a comprar unos mulos." Yo estaba muy a gusto, pero por complacer a Juan me marché con él, sin vestirme de campo ni nada. Después resultó que los veinte mulos eran veinte vacas que quería probar. Con que se me sienta el hombre y se me pone a tomar notas en una libreta. ¿Le parece a usted? Y yo venga a torear. Y don Juan venga a apuntar. Hasta que me cansé y le dije: "Mira, Juan, quítate la gabardina y baja aquí, que esto es para los dos." Bajó y nos hinchamos de torear. Lo malo es que no hubo quien tomara notas en la libreta. Acabamos en Gayango, por la noche, tomando café los dos solos, cansados y... contentos.

—Es mucho don Juan.
—¡Mucho! Como que toreado con Joselito, cuando todos se ahogaban, a él no le llegaba el agua a los pis.

—Ahora tiene usted un sobrino, el hermano de Rafael, a quien llaman Jose-lito...

—Eso es, en nuestra dinastía, Gallito VII. Es un chiquillo. Hay que esperar.

—Pero llamarse o dejarse llamar Joselito.
—Eso obliga a mucho, ¡a mucho! Vamos a dejarle que crezca y a ver qué pasa.

Todo se acaba en este mundo, y estos diálogos con Rafael el Gallo se van a acabar también. Busco entre las notas que aun están sin



aprovechar y encuentro aún, en el espiguelo final, muchas respuestas interesantes; pero respuestas sueltas, palabras que, al ordenar el reportaje, quedaron al margen, y que ahora, sin orden ni concierto, tal como están en los apuntes tomados con prisa febril, quiero recoger aquí.

—¿En qué año toreó usted más corridas?
—En 1912. Ochenta y dos sumé en esa temporada.

—¿Qué aficiones le dominan, al margen del toro?
—El campo, las vacas y las riñas de gallos.

—¿Es usted amigo de gastar bromas?
—Alguna he gastado. En el año 26 me hospedaba yo en Madrid, en el Hotel París. Vinieron a verme unos señores de Caracas. Los atendió Serranito, mi mozo de estoques, mientras yo me aviaba. Serranito lo hizo muy bien, y aquellos amigos quedaron encantados. Dijeron que era un hombre muy listo. Yo les dije que sí, que era tan listo que sabía nueve idiomas. Entre ellos el inglés. Uno de aquellos señores sabía hablar el inglés y se empeñó en conversar en esta lengua con Serranito. Total, que tuvo que huir...

—¿Sentía usted preocupación las vísperas de corrida?
—Yo he dormido siempre estupendamente, y la noche antes de la corrida me acostaba pensando en que me saliera un buen toro.

—¿Llevaba usted un programa trazado a la plaza, una idea de lo que iba a hacer?

—Nunca. Según me salía el toro, así lo toreaba.
—¿Cuál es su suprema aspiración?
—Tener un cortijo o dehesa con ganado manso. Ya la tuve una vez, en Torralba, y me costó 117.000 duros. Llegué a tener ciento cincuenta vacas.
—¿Cuánto dinero querría usted para vivir?
—Antes me conformaba con una renta de 500 pesetas diarias. Ahora creo que con 2.000 podría arreglarme.

—¿Le gusta el fútbol?
—He ido dos veces; pero no me he enterado. No lo entiendo. Pero ahí hay algo. Cuando va la gente será porque tiene un atractivo que yo no he descubierto aún. La gente, si no le gusta una cosa, no va, aunque se lo den de balde; pero si le agrada, ya le pueden poner la entrada a millón. ¿Existe interés? Negocio hecho. ¿No existe interés? Ya le pueden dar todas las vueltas que quieran. No irá nadie, aunque echen la casa por la ventana. Los campos de fútbol se llenan de espectadores. Entonces es que interesa. Eso del balón tiene que tener lo suyo.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?



Otro momento del brindis del "divino calvo", en el festival celebrado en la plaza sevillana

"¡Aquellos tiempos de JOSELITO y JUAN eran el acabose!..."

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.
—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.

—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.

—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.

—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.

—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?

—Siempre. Soy un aficionado que no desertará nunca. Donde esté, si hay corrida, allí estoy yo.

—¿La afición de hoy?
—Más dilatada y extensa que nunca. Antes se daban corridas con tres matadores de primera, y a lo mejor no se llenaba la Plaza. ¡Y eso que la sombra valía un duro! Es posible, eso sí, que la afición se sienta menos y entienda menos. El espectador lo que quiere, y a lo que va, es a divertirse y a ver a los toreros. Antes se iba más a ver los toros. El punto culminante, en finales y principios de siglo, era la suerte de varas, y lo que menos le importaba al público eran los quites. La Fiesta ha ganado considerablemente en humanidad. La pelea es menos dura y ya no se toreaba por 2.500 pesetas.

—En total, ¿cuántas corridas habrá toreado usted?
—A punto fijo, no lo sé; pero pasan de mil.

—¿En qué corrida cobró usted más?
—En una de Oviedo. 20.000 pesetas. Y en la que menos 2.000. Eran los tiempos en que se toreaba todavía por los catorce mil reales que impuso Lagartijo como máximo. Las 6.000 vinieron después. Lagartijo pidió un torero de quien no me acuerdo ahora. Lo que sí me acuerdo es que cuando le dijeron que Lagartijo toreaba por menos, contestó: "Lagartijo no sabe lo que vale."

—¿Va usted mucho a los toros ahora?



Como en sus buenos tiempos, El Gallo posa con su cuadrilla ante nuestro fotógrafo Lal

EL SORTEO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



sorteo. — Blanquito andando el toro de su matador

EL sorteo de los toros es una ceremonia, operación, rito o como ustedes quieran llamarlo, tan trascendental como la lotería de Navidad. Sin exageración. El gordo de Navidad puede hacer la fortuna de muchos. Un toro puede proporcionar a un torero infinitos miles de duros. Seis toros encerrados en los corrales de una Plaza la mañana del día de la corrida son seis incógnitas a despejar. Todo el desgraciado que ha estudiado Matemáticas sabe lo difícil que es despejar una incógnita. ¿Cuál será el que embista? Nadie lo sabe. Sólo el azar. Los banderilleros deliberan acodados en los burladeros.

Al sorteo acuden el peón de confianza y otro banderillero de la cuadrilla de cada matador. Juntos deliberan acerca de cómo hacer los lotes. Comentan. Auguran. Dogmatizan. Discuten.

—¿Qué te parece el 27?
—Muy basto y feo de cabeza. No vale ná.
—A mí el que me gusta es el 42.
—Muy bonito; pero tiene fuerza.
—Pues yo, para nosotros, elegiría el 38 y el cardenillo. El cardenillo tiene que embestir. Todos los cardenillos de esta ganadería salen superiores.

Los toros, ajenos a estos cabildos y comentarios, miran de vez en cuando al grupo de toreros refugiados tras los burladeros, los miran con esos ojos tristes de los toros encorralados. El mayoral asiste a la escena, contestando a las

preguntas que le dirigen los toreros. El mayoral, con su traje campero, su sombrero ancho, la colilla de su cigarro entre los labios de su cara tostada, arrugada, pero sanota, de hombre de campo, contrasta en el corro de los banderilleros con sus caras pálidas, lacias, ojerosas de la noche de tren o de automóvil. El mayoral, naturalmente, tiene sus preferencias. El mayoral vive entre los toros, los conoce desde que nacen. Largas horas de largos días se las pasaron juntos allá en la dehesa. Sabe de sus resabios e incluso de su genio. Unos toros le son simpáticos y a otros los tiene su mijita de ojeriza.

Alrededor de los toreros y del mayoral pululan los parásitos del sorteo, periodistas locales, aficionados amigos de la Empresa, pelmazos que se colaron. Todos opinan acerca de los toros. Todos dicen por turno su tontería. Todos saben más de toros que los toreros y el mayoral. Uno cualquiera de éstos, dirigiéndose a un banderillero, le dice:

—¿Te has fijado en ese chorreado en verdugo?
—¿Cuál chorreado en verdugo, si aquí no hay ninguno?
—Sí, hombre, aquel que está allí.
—Ese es un berrendo.
—Bueno, un berrendo, lo mismo da.

El acoplamiento de los lotes no es cosa fácil. Nada tan difícil como calibrar las condiciones de un toro visto en un corral. Los banderilleros presumen de tener el ojo experto. No hay que fiarse demasiado de esta vanidad. De toros no entiende nadie. Ni los toreros. Luego el toro en la Plaza destruye todos los pronósticos. Y el matador chillaba y se desespera. Porque después del sorteo el peón de confianza llega al cuarto de la fonda, donde el matador espera noticias tumbado

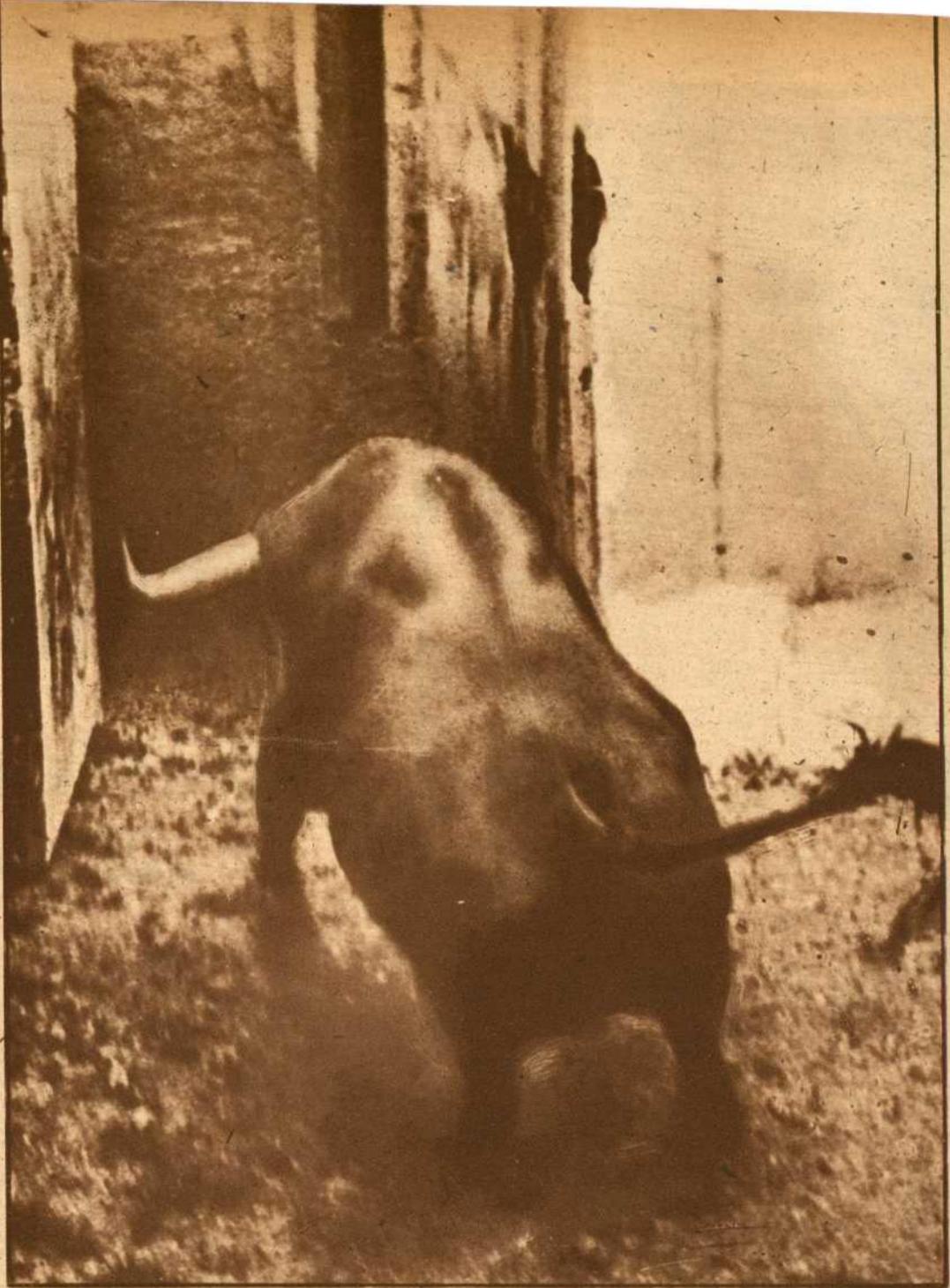
—¿Qué, ¿qué nos ha tocado?—pregunta con afán y con miedo.
—Dos dijés; los más apaños.
El matador respira y sigue interrogando:
—¿Habéis hecho bien los lotes?
—Natural, maestro; parejos van.

Y si después en el ruedo los dijés se convierten en mansos pregonaos, el matador le dice al peón de confianza, al dirigirse a los capotes, entre la bronca del público:

—¿Y éstos eran los dijés? ¿Ni sabéis de toros ni sabéis de ná!
¿Quién sabe de toros? ¿Quién sabe de ná?
El acoplamiento de los lotes no es cosa fácil. Todos quieren hacerlos según lo que creen que les puede convenir más. Y, desde luego, todos quisieran rechazar el toro molesto, el que desentona, bien por la cabeza, bien por sus hechuras. Contados son los matadores que acuden a presenciar el sorteo. Casi ninguno, puede decirse. En general, los matadores se niegan a ver los toros en los corrales. Temen fijarse en un toro que les disguste y que luego les toque a ellos. A Juan Belmonte le oí una anécdota muy representativa del porqué no acuden los matadores al sorteo.

Fue en una feria de Bilbao. Juan tenía un día sin corrida. La Junta que administra la Plaza en representación del Hospital, acostumbraba a obsequiar a los toreros que no actuaban por la tarde a un almuerzo que se celebraba en la misma Plaza. Belmonte fue invitado. Al terminar la comida, alguien propuso ir a los corrales a ver la corrida que iba a lidiarse al día siguiente, y que la toreaba el genial maestro. Este se negó, fiel a su costumbre de no ver los toros antes de torarlos; pero tanto insistieron, que al fin cedió. Era una corrida de Pablo Romero. Una moza, de aquellas que iban antes a Bilbao. Sobre todo, un toro, ensabanado, pesaría más de las treinta y cinco arribas. Juan Belmonte se fijó en seguida en él y murmuró:

—Ya veréis cómo ese toro me toca a mí.
—¡Vamos, hombre, qué te va a tocar!
—Os digo que sí.
—Te apuestó una caja de puros a que no te toca dijo uno de los presentes.
—Va la caja de puros—contesta Juan.
Y no se habló más del toro ensabanado, el más grande y cornalón de la corrida de Pablo Romero. Al llegar Juan al hotel, previno a Antoñito, su mozo de espadas:
—Oye, mañana, después del sorteo, estarán Fulano y



Ya se ha hecho el apartado. El toro va a ocupar en el toril el lugar que le ha correspondido por sorteo. Allá va, lanzado, a esperar la hora de aparecer en el ruedo

Mengano en mi cuarto. Tú entras y dices, aunque no sea verdad, que me ha tocado el toro ensabanado. Que no se te olvide.

Efectivamente, a media mañana se presentan el de la apuesta y otros amigos a conocer el resultado del sorteo. Se bromea a cuenta de la caja de puros. En esto entra Antoñito.

—¿Qué ha pasado?
—Pues ná...—pausa—. Pues, sí..., que te ha tocado el ensabanado.
—Venga la caja de puros—dice Belmonte por todo comentario.
El amigo le manda a buscar y el único que sigue bromearlo es Juan. Cuando se marchan todos, le pregunta a Antoñito:

—Bueno, ahora dime la verdad, ¿a quién le ha tocado?
—A ti, hombre, a ti.
—Mira, Antoñito, la broma ya está bien...

—Que te juro que te ha tocado, Juan. Belmonte no vuelve a mentar al ensabanado. Se viste de torero. Tiene sus dudas. «Esto es una guasa que me han formado, pero que no tiene maldita la gracia», piensa. ¡El coche! ¡A la Plaza! Belmonte toreaba en segundo lugar. A nadie había vuelto a preguntar a quién le tocó el ensabanado. Sale el primero y el segundo, el tercero, el cuarto y ninguno de ellos fué. Juan ya estaba seguro que no le había tocado a él, que saldría el último, cuando se abre el portón y aparece la tremenda mole del ensabanado. Salió muy bueno, bravo, suave; quizá humillaba poco, pero se dejaba torrear, pese a su enorme cabeza y a sus treinta y cinco arrobos largas. Juan Belmonte le hizo una de aquellas faenas asombrosas suyas y le cortó las dos orejas.

Para ser protagonista de esta anécdota es necesario ser Juan Belmonte. No se olvide ni por un momento que al hablar del sorteo me refiero a los años anteriores al 1936. Entonces, de vez en cuando, aparecía en los corrales algún ensabanado de estos.

Y nadie quería meter la mano en el sombrero, temeroso de ser él el que saquepara su matador el animalito aquí

Las doce del día. Va a comenzar el sorteo y el apartado. Autoridades y demás protagonistas del "acto" observan al toro





Desde que empezó a torear, Manolo Bienvenida tuvo conciencia de lo que era el verdadero arte, y practicó los pases fundamentales del toreo



Un pase de pecho con la derecha del gran torero en la memorable corrida de su presentación en Valencia

La primera vez que MANOLO BIENVENIDA vistió el traje de luces en España

Por B A R I C O

simpatía, y era por ello un lidiador elegante. Hubo, sin duda, toreros que supieron hacer lo que Manolo hacía tan bien como él; pero ninguno llegó a igualarle en ángel, elegancia y alegría.

Tomó su arte como expresión de su temperamento, y todo lo que como torero hacía tenía el sello de su personalidad garbosa, elegante y graciosa, aunque para expresar lo que sentía hubiera de jugar a diablo con la muerte.

sonrisa sin par del torero. Tuvo que llegar la muerte hasta Manolo Bienvenida por encrucijadas por las que el mozo no podía sospecharla; pero no por eso amenguó el gesto varonil del torero que se gozó en desafiarla.

Era un chiquillo Manolito Bienvenida cuando vistió por vez primera el traje de luces. Fue en Valencia. Ved atentamente las fotografías. La figura del niño tiene toda la traza y todos los trazos de un torero que está seguro de lo que es y vale. Los muletazos del chiquillo son perfectos, bellos y armoniosos. La estocada... Contémpnala los hombres que se dedican al arte de lidiar y matar reses bravas.

SORRAS Jitas y técnicas cuando se habla de Manolo Bienvenida. La vida de Manolo estaba nimbada de simpatía. Su sonrisa, sincera y cordial, encuadraba todos sus actos. Se iba a las plazas por ver lo que hacía Manolo Bienvenida; pero, sobre todo, por contemplar cómo lo hacía.

Aquel muchacho siempre sonriente, siempre satisfecho de lo que la vida le daba, hubiera triunfado en cualquier actividad. Fue torero porque Dios lo quiso, y por los ruidos del mundo dejó huellas de su arte y de su personalidad. Manolo Bienvenida no luchó nunca con los toros. Si para él no hubiera sido el toreo una pura manifestación estética, no hubiese sido torero.

La gracia, el ángel, es patrimonio exclusivo de los hombres inteligentes. Bien se entiende que no nos referimos a todos aquellos que hacen o dicen gracias sin tener ángel. Manolo Bienvenida lo tenía, y por ello todo cuanto hacía tenía el privilegio de la auténtica gracia.

La gracia auténtica de Manolo Bienvenida la adquirió a fuerza de inteligencia. Cuando no se es de sobra inteligente, nada se puede hacer con gracia. Se distinguía por su ángel aquel torero nimbado de



La estocada ejecutada con todos los requisitos precisos para que resulte perfecta

¡La muerte! Cuantas veces la desafió cara a cara aquella juventud triunfante, la muerte se retiró vencida. Alguna vez creyó haber hecho presa en aquel idolo que levantaba su pedestal sobre arena de cuernos taurinos; pero fué burlada y de nuevo pregonaba la victoria la

Manolo Bienvenida, fotografiado en la Plaza de Valencia momento antes de dar comienzo la corrida de su presentación



Un muletazo, rodilla en tierra, de buena factura, en el que se aprecia el valor del torero





Luis Gómez, El Estudiante, visto por nuestro fotógrafo Manzano, en varios momentos de su charla de fin de temporada, que publicamos en esta doble página

El Estudiante habla para EL RUEDO

"Este año los peores ratos me los proporcionó un dentista..."
El por qué Luis Gómez no ha ido a Méjico



No bastan las facultades físicas si no van acompañadas de un sentido de responsabilidad y de un espíritu de superación en el prestigio conquistado. Grave y penoso concepto del deber para aquellos nombres que llegaron a hacerse imprescindibles en las ferias de *tronto* y en los carteles de rumbo.

Vencer los desfallecimientos inevitables, mantener a través de trece temporadas una rectilínea conducta y dar a su arte un firme sentido de continuidad son realidades que bien pueden enorgullecer a torero de tan extraordinaria personalidad como la de Luis Gómez, El Estudiante.

Reunidos los tres—torero, apoderado y periodista—en el rincón de un café de tanta modernidad como de incómodos detalles, emergen preguntas y respuestas a la manera de contrapuntos de uno de los perfiles de la temporada que acaba de extinguirse.

—¿Satisfechos, supongo?

—Sí, plenamente—afirmó Luis—, aunque a punto estuvo el asta de un toro de adelantarme el final de la temporada mucho antes de mis deseos.

—Y, pese al percance de Pamplona, ha llegado usted a sumar...

—... Sesenta y una corridas—se apresura a decir Manolo García Monasterio, apoderado perpetuo de El Estudiante.

—De ellas, ¿en cuál, para su gusto, estuvo mejor?

—De más grato recuerdo para mí, lo fué mi intervención en la corrida de Beneficencia organizada por la Diputación de Madrid. Se trataba de una corrida de verdadero compromiso, por tratarse para mí de principio de temporada, con la responsabilidad de llevarla a cabo en la Monumental de Madrid, en la que los triunfos y los fracasos tuvieron siempre trascendental importancia.

—Y el peor recuerdo del año, ¿de dónde procede?

—De la cornada de «marras», sin ningún género de dudas.

—Al parecer, se trató de una cogida tonta.

—Y tan tonta; como que fué originada por tropezarme los cuartos traseros del toro. Al caer, el bicho metió la cabeza y me enganchó por la garganta. Fué entonces cuando experimenté una de las sensaciones más dolorosas de mi vida.

—Luego vendrían las cruentas intervenciones quirúrgicas.

—Pues mire lo que son las cosas: Peores ratos que el cirujano me los proporcionó un dentista, al mes de ocurrir la cogida. Quise que me extirpara ciertas esquirlas que en la mandíbula me produjo el pitón, y nunca lo hubiera hecho!

—¿Qué fué ello?

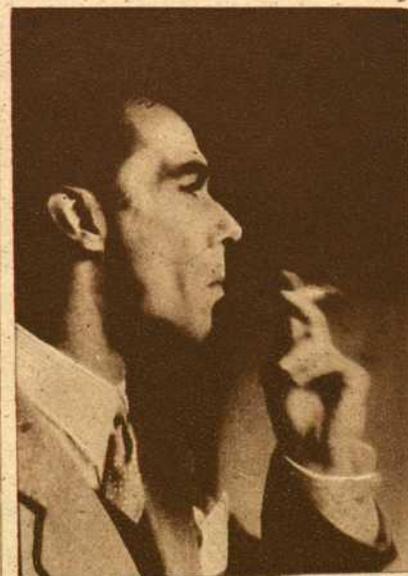
—¿Ello...? Que el odontólogo se puso más nervioso que yo cuando no acertó con la espada, y tras de aguantar una serie de pinchazos—muchos más que los toros recibieron de mí este año—acabé por salir «de naja» del sillón del tormento y dejar el arreglo de la boca para mejor ocasión.

—¿Pueé: decirme qué ha ocurrido para que haya usted renunciado a trabajar en Méjico?

—Muy sencillo: Como quiera que los contratos que se hacen con la Plaza de El Toreo son para cuatro o cinco corridas, resulta que si éstas no están bien remuneradas, no llegan a compensar los gastos de desplazamiento ni las molestias de los tres meses fuera del propio ambiente.

—Pero, bueno: amigo Luis, en Méjico no existe tan sólo la Plaza de la capital...

—De acuerdo. Pero ocurre que en los ruedos de los Estados no son frecuentes las corridas de importancia. Por ejemplo: el año 32, yo mismo fui testigo de que el torero español que



Charla de fin de temporada

"De los treinta duros a los doce mil, ponga usted trece temporadas, muchos toros y algunas cornadas..."

más corridas sumó no llegó a pasar de nueve, incluyendo las de la capital y las de las restantes Plazas.

—¿Acaso éstas o parecidas razones han podido pesar en el ánimo de otras primerísimas figuras del toreo español?

—Muy posible que así haya ocurrido, pues creo que con todos existieron negociaciones.

Y tras una pausa, añade El Estudiante:

—Se llegó a una solución en el viejo pleito de los toreros mejicanos, y yo fui de los primeros en congratularme de ello, ya que cuantos más aficionados vengan a animar la fiesta, tanto mayor será el interés que en ella pongan los públicos. No obstante, este intercambio taurino ofrece ancho campo a las meditaciones.

—¿Puede usted brindarme una? Pero hecha en alta voz, naturalmente.

—Pues ahí va y calentita, por cierto. Entre todos los toreros que van ahora al país azteca, acaso no lleguen a cubrir veinticinco puestos, cifra que cualquier espada mejicano de mediocre categoría los consigue por sí solo en España y con no muchas dificultades.

—Entonces, ¿cómo ve el arreglo a que se ha llegado en el debatido asunto de los toreros mejicanos?

—Creo que este tema tiene una enorme trascendencia y una serie de aristas aun por limar. Por lo pronto, convendría fijarse en el notable perjuicio que irá a recaer sobre los toreros modestos españoles, y mucho más acentuado con los novilleros. Estos, de ahora en adelante, tendrán que sufrir una competencia en la que siempre llevarán la peor parte, y ni a su alcance estará la compensación de ir a Méjico.

—¿Qué opinión le merecen a usted los señores públicos?

—Nunca como ahora he visto más cantidad de públicos en las Plazas españolas; pero esto no quiere decir que existan hoy mejores aficionados que cuando yo empecé.

—¿Y cree posible que antes pudieran hacerse las modas actuales con los toros de cierto respeto?

—Entiendo que sí. ¿Por qué no? Pero mucho más de tarde en tarde. El enemigo es el que da el patrón del toreo. Antes de la guerra los éxitos no eran, ni con mucho, tan numerosos como lo son ahora. En cambio, ahora hay que arrimarse en todas las Plazas y con todos los toros. El público, como no reconoce importancia al toro, exige que se le toree al milímetro y que el torero exponga el físico todas las tardes.

—A su juicio, ¿de qué buena cualidad taurina se halla más satisfecho?

—Creo que acaso no tenga otra excelente cualidad que la de poner idéntico entusiasmo, sin reparar en la categoría de la Plaza donde actúe, ya sea la de Madrid o la de un pueblo sin importancia.

—Y en cambio, ¿de qué defecto quisiera haberse corregido?

—Sin vacilar, puedo decirle que siento el remordimiento de no haber llegado a hacer la suerte de matar todas las tardes con la perfección deseada.

—Consta a muchos que su grandeza y servidumbre estaban en lo del estoque.

—Para mí siempre ha constituido una pesadilla llegar a realizar la suerte, el cruce, con la limpieza de un Mazzantini o de un Algabeño. Mi envidia hacia el compañero despierta cuando le veo ejecutar un volapié sin trampa ni cartón.

—Me parecen muy contadas las veces que usted se sentirá abochornado. Y dígame, ya que hablamos de la suerte suprema, ¿cuál considera más arriesgada: la de recibir o la del volapié?

—Todo lo que sea esperar la embestida del animal tiene, a mi juicio, mucha más exposición y riesgo. De aquí que la suerte llamada de recibir sea tan raramente ejecutada.

—¿Cuáles han sido las menores y las más elevadas sumas por usted percibidas?

—La primera vez que me vestí de torero lo hice para matar un novillo. Allí cobré la primera cantidad del toreo: ciento cincuenta pesetas. De éstas, hasta los doce mil duros que he llegado a percibir, ponga usted trece temporadas, muchos toros y algunas cornadas...

—¿Torea usted hoy más o menos a gusto que cuando empezó?

—Con mucho más gusto, debido a que hoy toreo con una facilidad que sólo se adquiere pisando muchos ruedos. Es la labor que da el fin de la carrera, cuando se llega a dominar todas las papeletas difíciles.

—En un reportaje reciente que le hizo un compañero había ciertas manifestaciones que fueron muy diversamente comentadas.

—¿Se refiere acaso a mi afirmación de que las primeras figuras deben torear un número limitado de corridas?

—Exacto. ¿Podría, Luis amigo, aclarar el sentido de su apreciación?

—Con mucho gusto. Todo lo excepcional en el arte, y más acentuado en el toreo, por tener el riesgo del ejecutante márgenes ilimitados, entiendo no se puede prodigar. Conviene no olvidar que los toreros, ante la responsabilidad de tener que hacer lo excepcional todas las tardes, sentimos un sentimiento terrible que se llama miedo.

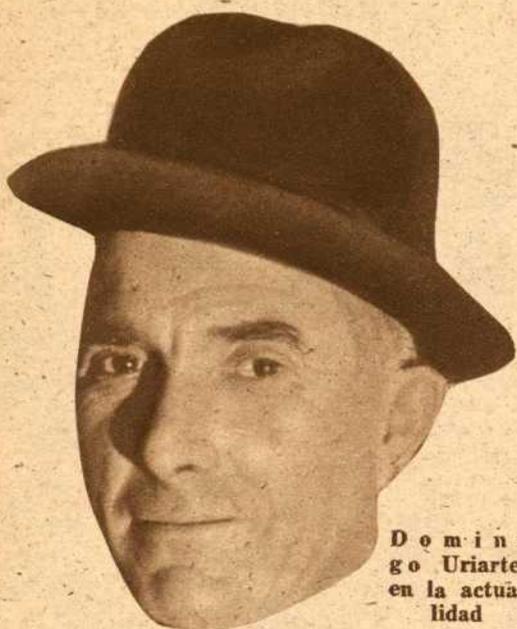
—Para concluir con la tortura del interrogatorio, ¿quiere usted decirme si es cierto que ya tiene prefijada la fecha de su retirada?

—A este respecto diré, por conducto de EL RUEDO—claro ejemplo de honestidad en Revistas taurinas—, que si llego a dar cima con felicidad a la próxima campaña de 1945, cumpliré mi propósito de retirarme de los ruedos coincidiendo con la feria del Pilar.



GENIO Y FIGURA

Del "Rey del farol" a don Domingo Uriarte



Domingo Uriarte, en la actualidad

nero de las sinenas de los barcos al saltar amarras. Pero, ¿qué hacer y dónde ir? En las tierras vascas resultaba más fácil llegar a millonario, a diputado al Cortes o la estrella de la pelota que alcanzar un puesto en la tauromaquia. No obstante, el joven Domingo Uriarte, a la hora de decidirse, siguió la senda más áspera y difícil.

Y un buen día, puesto de acuerdo con un primo suyo, con Diego Mazquiarán, que andando el tiempo había de hacerse célebre con el sobrenombre de "Fortuna", se escaparon de sus respectivos hogares para enderezar sus pasos hacia las dehesas selmanitas.

Allí, sortando innumerables peligros, a despecho de guardas y vaqueros, aprendieron a torear y a dejarse coger por los tistados.

Cada día, Uriarte, más animado y más decidido a eclipsar las glorias de los otros con moña y coleta, se puso a conquistar de un golpe la eliminación de sus paisanos. Para lo cual, regresó a Bilbao, siempre acompañado de su inseparable pariente y compañero de aprendizaje; y en ocasión de lidiar en el circo de las Arenas una corrida de cuatro toros del Olea pío Muñagorzi, Domingo se lanzó al ruedo durante la lidia del segundo toro, y en mangas de camisa, con una liviana mulata dejó una serie de pases de todos los mares, dirigiendo valor.

El público fué su asombro por encendidas muestras de entusiasmo, y cuando el chiquillo, boracho de alegría, agitando los aplausos primitivos de su patria, se dirigió al Olea, y prendiendo al viento por la inglesa, lo campegó horribilmente.

Cuando Muñagorzi y su cuadrilla consiguieron llevarse al encelado animal, ya el cuerno había horadado las carnes hasta la vejiga de la oina.

Hubo que administrarle los últimos Sacramentos ante la gravedad del caso. Al fin, logró salvarse, y a los pocos meses la Empresa de la Plaza bilbaína lo incluyó con otros cinco novales en una corrida concubina, en la que el primario —que fué para Uriarte— era cien pesetas en monedas de oro.

Domingo Uriarte, que hasta entonces venía anunciándose con el apodo de "Rebuzanito", en recuerdo del baylo de Sestao—Rebuzo—, donde había nacido, prescindió del alias, precisamente cuando su nombre empezaba a hacerse entre los públicos norteños.

A poco, y en ocasión de torrear en Miranda el 8 de septiembre de 1915, estuvo de nuevo en inminente trance de exhalar el último suspiro. Al dar una patada cambiada de rodillas a un toro de la vicada de Zapallar, fractó éste en la embestida, infiriéndole al domero un pitonazo en la sien izquierda, con pérdida de masa encefálica y rotura de huesos y arterias esenciales.



Uriarte entrando a matar un toro en la Plaza de Barcelona

Había una vez en Sestao un chico estofador y sensible, a quien la vida chaba y monótona de su pueblo afixaba.

Era un niño todavía y ya sentía la inquietud de conocer nuevos horizontes. Lo cotidiano acabó por lequepararle. Aquellos días uniformes de mercado, con el desfile de la alcañal para hacer sus compras. Y el eterno desparajar maldito.

Sin pérdida de momento le fué practicada la trepanación; hubo que extirparle el hueso hecho astillas, y Uriarte pasó de los umbrales de la muerte a los de la vida. Cuando al cabo de muchos meses volvió de nuevo a pisar los ruedos, como llevara parte del estebro al descubierta, le colocaron un pañuelo de plata recubierta de pelo.

Estos y otros percances de pronóstico grave no empujaron el enorme valor del torero vizcaíno. Prueba bien cuenta fué su debut en Madrid, acaecido el 22 de junio de 1919, en que la soledad de su arte y su escalofriante valentía, asombraron a los espectadores que llenaban la Plaza. Ante el ganado de Bafuelos, alternó aquella tarde con Valencia II y Enrique Pastor.

Domingo, que ya venía precedido de justa fama como artista del capote, saludó a su primero con cinco "fariles", prodigio de exactitud y belleza. Su especialización en este género de lances hizo que hasta su retirada fuera conocido como "el soberano de los faroles". También su repertorio con la mulata era variado y lucido. Bandoneaba superiormente; en cambio no rayaba a la misma altura a la hora suprema.

Cinco veces se trasladó a América contratado con ventajosos compromisos. Teneó en la mayoría de los repúblicas suramericanas. Estuvo anunciado para torear en Nueva York; pero a última hora la omnívota Sociedad Protectora de Animales consiguió la suspensión de la corrida.

Recibió la alternativa en el corral metropolitano de Caracas, el 8 de diciembre de 1921. "Fortuna" actuó de padrino, y ambos cosecharon un triunfo clamoroso.

Cuando regresó a España decidido a aumentar como matador de toros su bien cimentado prestigio de novillero valiente y entonado, se encontró con que otros valores habían surgido durante su ausencia, y con tales juveniles y renovaciones impetus habían arrastrado a casi todos los laureles de la promoción del primario de "Fortuna".

Durante tres años, el balance de corridas torreadas por Uriarte fué en verdad poco halagador. Pero el diestro había decidido que su despedida de los ruedos fuera acompañada de los máximos honores, y bien puede ufanarse de haberlo conseguido plenamente.

Elegió como escenario el caso de Bilbao, donde tantas tardes de triunfo cosechó. Sus paisanos se enteraron, con cierto asombro, que el torero de Sestao celebraría el 4 de julio de 1924 su corrida de alternativa, despedida y beneficio. Se eligieron seis buenos mozos de la vacada zamorana de don Angel Rivas, y como diestros acompañantes a dos espadas de máximo cartel por entonces en Bilbao: Dominguín y Valencia I.

El torero de Quismondo fué el encargado de cederle el primer toro. Con él Uriarte realizó la más completa faena de su vida, acogida con unánimes peticiones de que no llevara al cabo su retirada. Le fueron concedidos dos orejales, y al concluir la corrida fué paseado en triunfo hasta el hotel, teniendo que salir al balcón a agradecer las muestras de entusiasmo de sus paisanos.

Como uno de los rasgos más desconcertantes del carácter enigmático de Domingo Uriarte debe citarse el hecho de que éste cediera los trastos de matar para despachar a su segundo toro a su compañero Valencia. El público, bien fuera por estar al tanto de las rarezas del "rey del farol" o por ser José Roger uno de sus ídolos, no protestó por la cesión y se dio por satisfecho. Dominguín y Valencia fueron también sacados en hombros.

Durante algunos años Uriarte apoderó sucesivamente a Valencia I, a Antonio Márquez y a Mateta. Finalmente, en un largo período, fué el representante de Manolo y Pepe Bienvenida. A partir de nuestra guerra se apartó totalmente de los asuntos taurinos para vivir modestamente, pero en estrechos, de los ahorros labrados durante la época novilleril, una de las más brillantes y más esmaladas de tardes de arrojo y temeridad de los toreros españoles.



Domingo Uriarte, en su época de matador de toros



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

¡Aquel ir "a los toros", en aquella Plaza de Madrid!

ANTE esta curiosa instantánea fotográfica, original e interesante, en la que se captó, con toda su espontaneidad, el auténtico pintoresquismo de un ir "a los toros" de aquel entonces—año 1897—en aquella Plaza de Madrid, por sagaz y entusiasta aficionado, persona muy allegada al que estas líneas traza, y al que hizo, por casual circunstancia, entrega de esa foto, sacada de viejo cliché de cámara de particular (esto es, cada de viejo cliché de cámara de particular (esto es, cada de reportero o profesional buscador y captador del momento que por buscado siempre, o casi siempre, no suele resultar todo lo espontáneo y natural que debiera; por el afán de "tomar" lo que se premeditara como mejor), entresacado dicho cliché de colección innúmera de muy diverso motivo de recuerdos (perennemente revividos por el hoy corrientísimo milagro de la fotografía) de instantes vividos y personalmente retenidos por la eficazísima prueba gráfica—sagaz y entusiasta aficionado—de todas las facetas artísticas enamoradas líneas, Miguel Gómez Cano, al que es justo mencionar por tratarse de persona que es todo un símbolo por lo elevado y cultivado de su espíritu (prueba irrefutable, su prestigio y personalidad de sano y profundo sociólogo), que vivió y practicó, a lo largo de su existencia, por "puro sentir", muchas artes: de la pintura a la escultura, fotografía, literatura, y admiró, naturalmente, el espectáculo "fiesta de toros", como compendio, quizá de "todas esas artes", puesto que a través de su prisma tanto motivo de inspiración ha dado—ya y dará—aquella, nuestra fiesta, para los artistas...

Ante el hallazgo casual, mi solicitud de entrega, y propósito de difundir la prueba fotográfica como valioso y curioso documental de recuerdo para el aficionado de aquel tiempo—que no son pocos—(y de anteriores tiempos

que superviva) e incluso para los que *aun alcanzan*—que somos muchos—"ver y vivir" un buen período, hasta su postrimería, del ambiente de esta Plaza de los toros de Madrid... que inaugurada en 4 de septiembre de 1874 cerráronse sus puertas definitivamente en 14 de octubre de 1934, y tras ellas, ¡a toda una época del toro, a lo largo y ancho de sesenta años de existencia!

Posad vuestros ojos sobre la instantánea en referencia y detenid el intuio para observar con detenimiento el pintoresquismo y sabor del momento... que para algunos servirá de evocación godible, para otros de solaz curiosidad, y para los más de satisfactorio recordar, y para el resto—el aficionado de hoy—, de contraste notabilísimo...

Mirad; la fachada principal de la Plaza de Toros, de puro estilo mudéjar, sobria y sencilla en su prestancia y armonía, de un conjunto sin tonalidades ni detalles llamativos; ni de contrastes; por eso hacíase amable y simpática, acogedora, en fin, por su aspecto exterior, y más aun por el ambiente de su interior, sin monumentales dimensiones; ni descomunales distancias...

Plaza con su avenida trazada *por y para ella*, ¡Avenida de la Plaza de Toros! Confin de la avenida, acceso a la Plaza; la amplia avenida verbenante, y la Plaza, radiante. Llegada de gentes que invaden sus alrededores en bacuca inconfundible del público de toros... Vienen unos a pie, otros en tranvía (de mulas), coches, sífnón, ómnibus... Estos son, precisamente, los que dan más tipismo a este ir—o venir— a los toros, con sus tiros cascabeleros, chirriantes ruedas, carrocería de colorido chillón y rótulos llamativos, con sus gentes hasta en el techo—habilitado debidamente—, requeridas al grito de "¡Eh, a los toros...! ¡Plaza, eh!", llegadas a la Plaza con sobrado tiempo; para, antes de que dé comienzo la corrida, otear el ambiente, pasear por el ruedo, visitar el patio de caballos, oír la música,

ver a los toreros y aun cambiar alguna frase con ellos... o asomarse desde cualquier hueco de la fachada de la Plaza—sobre todo, aquél del interior, que daba al acceso de la puerta grande—, y observar a través del silueteado del marco magnífico de la gran puerta, toda la avenida, cual cuadro vivo, que enmarcaba espectáculo maravilloso y curioso del desfile, tanto en el venir como en el salir de las gentes, en esta Plaza de Toros que, en verdad, aunque sólo fuere por eso, fué *única* e hizo se inolvidable para quienes conocieronla mucho o poco...

Continuad observando la foto y veréis, apreciaréis detalles curiosos y hasta graciosos: el descender del carricoche de los que vienen en la boca, su vestimenta con el clásico bombín de la época...; el golfillo que, con el alivio de su baratija golosina, rechupándola, mira con envidia a los "señoritos" que llegan y verán los toros... Más allá, el vendedor ambulante de los cacahuetes, en su carromato de construcción ingeniosa y simbólica—cual gigantesco juguete—que es horno y almacén a la vez; forma de locomotora, con su vagón... Y, para que no falte nada, hasta el detalle de los montones de grava—¡el consabido y eterno obstáculo para el tránsito!— Los árboles, el farol, con su pacífico ciudadano apoyado, y al pie serás o sacos que contienen, para su venta, avellanas, naranjas, etc., etc. Y más allá, grupos de gentes; curiosas unas, otras que comentan entre sí, revendedores de localidades, otras que acuden en calidad de meros espectadores a presenciar el festín del público de toros y, ni que decir tiene, a los toreros... porque son tiempos en que todo ello, de por sí, constituye un espectáculo asaz interesante...

Hoy, ¡qué tiempos tan distintos! Observad y meditad. Comparad y deducid, quienes vieron y vivieron los tiempos—más o menos lejanos—de ¡aquel ir "a los toros" en aquella Plaza de Madrid!...



El puro, el café y un rato de palique. Belmonte escucha a Rafael



En tu festival, lo que nos sobran son los ofrecimientos! Eres el amo de la simpatía



En mi vida he hecho mal a nadie—comenta Rafael—; por eso me quiere a



Ramundo Blanco sigue muy interesado el palique de los dos grandes toreros

“Nunca ha tenido enemigos ni competencia

En la plaza y fuera de ella personifica la gracia y la simpatía

La gente se disputa su saludo como un regalo”



—Era imposible complacer a todos—nos dice Juan Belmonte, alma del homenaje, aunque él se empeñe en negarlo—, porque entonces habríamos necesitado más de veinte toros... Organizar una corrida de esta clase siempre fué tarea difícil, porque eran muchos los que a la hora de la verdad salían con inconvenientes más o menos reales. En esta ocasión ha ocurrido lo contrario. Han llovido los ofrecimientos de toreros, ganaderos, empresarios... Y como era imposible complacer a todos, me temo que alguno se sentirá molesto. Y créame que cuantos hemos intervenido en la organización del festejo lo sentimos...

—Oiga usted, Juan. ¿Como organizador del homenaje...? —Alto ahí... Yo no he sido el organizador... El homenaje estaba en el ambiente. Yo, en todo caso, lo único que he hecho ha sido encauzar un deseo que ya existía desde hace unos años, desde que El Gallo se apartó profesionalmente de la fiesta. —Pero su intervención en los festivales celebrados a beneficio y homenaje del Gallo en otras plazas... —Yo no hacía otra cosa en esos festivales que acudir allí donde Rafael estimaba necesaria mi presencia. Bastaba que él me indicase lugar y fecha para que yo acudiese con mis caballos... Nada más. Rafael el Gallo, que asiste a nuestra charla, asiente sonriendo a las palabras de Juan. Llegan unos amigos a felicitarle por el éxito del homenaje. Rafael, que nunca dió importancia a nada, continúa dando chupadas al habano sin preocuparse de cifras ni cuentas. De vez en cuando comenta en voz baja:

Juan Belmonte habla de Rafael el Gallo



—Dices, Juan, que estoy hecho un pollo, ¡Si tú supieras el Te aseguro que tengo menos

Ni el viento ni la lluvia han conseguido deslucir el homenaje al Gallo, celebrado en la plaza sevillana de la Maestranza, con un lleno total que prueba, bien claramente, lo que Rafael—no hacen falta apellidos, cuando se nombra al Gallo—ha significado en el aprecio de las multitudes que desde los primeros años de este siglo frecuentaron—por afición o simple curiosidad—los ruedos de España. Porque a Rafael—que pasó por el mundo nuestra fama, del brazo de su avasalladora simpatía—no sólo le admiran los aficionados de su tiempo; su arte singular halló eco en las más recientes generaciones, incluso en aquellos sectores que se mantienen al margen de las emociones de nuestra fiesta de toros. Por eso no es extraño que en el homenaje ofrecido hace unos días, hayan coincidido, junto a toreros alejados ya del riesgo de la profesión, nombres que acaparan el fervor de los públicos en la actualidad. Y conste que fuera del cartel se quedaron otros muchos ofrecimientos que insistían en razones de amistad para intervenir en el festejo...



esfuerzo que tengo que hacer a veces para sostenerme! fuerzas que una "hormiga recién nacía"

—Es que a mí me quieren mucho en todas partes... —Y es verdad—aclara Belmonte—. Rafael, nunca ha tenido enemigos. Rafael, dentro y fuera de la Plaza, ha contado siempre con la buena amistad de todo el mundo. La gente se disputa su saludo como un regalo. Un detalle le bastará para comprender la simpatía que rodeó al Gallo en todos los tiempos: Rafael nunca sacó cédula ni jamás lleva documentos de identificación. Cuando en el tren, por ejemplo, le piden los papeles, él pone una cara muy rara, algo así como si le preguntaran por un planeta desconocido, y como su cara es bien conocida, no hay quien se meta con él.

—¿Nunca tuvo El Gallo que soportar competencias en los ruedos? —Nadie se hubiera atrevido seriamente a ponerse frente a un torero tan original. Aunque en realidad es el público el que inventa, en la mayoría de los casos, las competencias... Pero El Gallo anduvo siempre al margen de todo eso.

—José—dice El Gallo—se quejaba muchas veces... ¡Qué suerte tienes, hombre!—me decía—. Porque él tenía que aguantar muchas competencias...

Pedimos a Belmonte su opinión sobre El Gallo. —Yo coincidí muchas veces con él. Entonces, en casi todos los carteles de las ferias más famosas, figuraba El Gallo. Yo creo que Rafael ha representado en el toreo la personificación de la gracia. Joselito fué la perfección. De mí decía la gente muchas cosas: que era el terremoto, el revolucionario... Pero Rafael fué la gracia, por encima de todo. Mire usted... no hay quien pueda torear con americana. El Gallo, en cambio, lo ha hecho muchas veces sin que resultase feo. Ante su toreo, se olvidaba uno hasta de eso...

La conversación se extiende hacia otras anécdotas. El Gallo toma la palabra para contarnos unas aventuras. Nadie sabría distinguir hasta dónde llega la realidad y dónde empieza la fantasía del relato. De pronto, El Gallo pregunta a Juan:

—¿Te acuerdas del mico que hemos pasado por ahí? —Ya lo creo—asiente Belmonte—. Pero tú has demostrado ayer, en la Maestranza, que todavía puedes hacer muchas cosas...

—No lo creas... Yo tengo ya menos fuerzas que una hormiga recién nacía... Y así acabó nuestra conversación.

“No hay quien pueda torear con americana; El Gallo lo ha conseguido, y hasta resulta bonito.

En su vida no tuvo más documentos de identidad que su persona”



FRANCISCO NARBONA



—¿"Pa" qué llevar papeles en el bolsillo? ¡Yo, Rafael, "pa" lo que le pague el bien que me hace!



Este Juan, que me trae y me lleva como si fuera un muñeco. ¡Dios le pague el bien que me hace



Por encima de todo, la simpatía. ¡Con lo feo que es ser antipático!



Joselito fué la perfección. Tú, Juan, el terremoto; yo..., El Gallo

FUENTES, MINUTO y PINTENO



Fuentes y Minuto, momentos antes de hacer el paseíllo

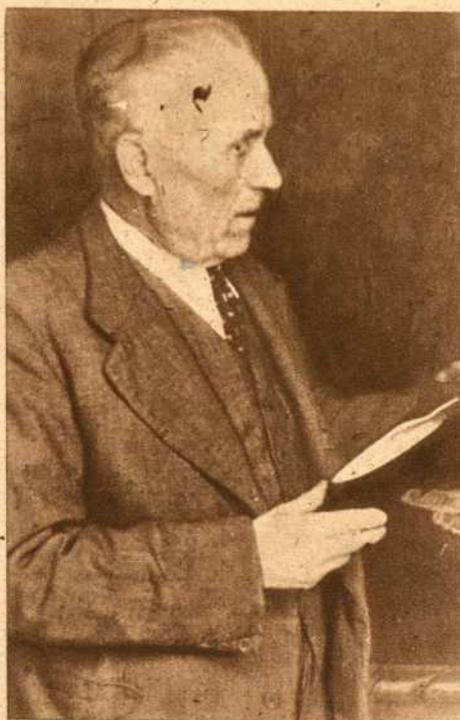


El debutante Pinteño, que actuó junto con Fuentes y Minuto



Pinteño toreando de capa a segundo novillo

El que mejor conoce los puntos que calzan los toreros



Diego Blanes

DIEGO BLANES alternó las banderillas con la pluma, y está especializado en la confección de zapatillas para torear

HA terminado la temporada. El mozo de espaldas limpia y ordena la ropa de torear, guardándola, alcanforada, en el armario-ropero del mataora.

Los estoques, convenientemente engrasados, son también encerrados en el fundón de cuero, y los capotes de brega, repasados, cosidos y doblados, son asimismo depositados en el esportón, que aun presenta las huellas de su constante rodar por los callejones de los palenques, hasta la próxima temporada.

Este obligado descanso de las prendas de torear me ha sugerido la idea de dedicar unas líneas a las zapatillas toreras, que en su continuado ir y venir por los alberos de los cosos son en realidad las más castigadas en el arte de lidiar reses más o menos bravas.

Para ello, hemos creído conveniente sostener una charla con un zapatero a tal especialidad dedicado y uno de los muchos correve-diles que abundan en los medios taurinos nos informa que el más acreditado en tal respecto se llama Diego Blanes.

No es difícil hallarle, y poco tardamos en enfrentarnos con él.

Azablemente nos recibe. Ha cumplido ya los sesenta años, y sus ojos, empuñados por la senectud, revelan la existencia de un ser que robó muchas horas al sueño para dedicarse al trabajo.

—No creí nunca—empieza diciéndonos—que un modesto constructor de zapatillas pudiera llegar a tener la personalidad suficiente para ser sometido a un periodístico interrogatorio.

—Pues estaba equivocado, querido amigo—le replicamos—. Usted puede contarnos cosas que interesan mucho a los aficionados.

—Si así es—contesta—, a su entera disposición me tiene. Y luego continúa:

Muchos creen, por haber residido bastante tiempo en Barcelona, que soy catalán. Están en un error. Yo nací en Cieza (Murcia) el 9 de abril de 1876. Empecé a estudiar la carrera eclesiástica, que abandoné para dedicarme al toreo; fui periodista taurómico, tuve conatos de poeta, porque al fin y al cabo soy español, y acabé, como ve, fabricando zapatillas.

Es decir, todo lo contrario de Pedro Romero, Cayetano Sanz, Fernando Gómez, El Gallo, Antonio Fuentes, Francisco Piñero Gavira, Rodolfo Gaona, Niño de la Palma, Emilio Méndez, Palmeño y Luis Guzmán, Zapaterito, famosos toreros; la mayoría de ellos que abandonaron la lezna y el trapé para empuñar el estoque y la muleta.

—¿Como usted?

—No. Yo sólo fui banderillero, y muy medianito por cierto. Vestí el traje de luces por primera vez a los diecisiete años en Blanes, un pueblito murciano, a las órdenes de Punteret, de Játiva; rodé mucho por esas plazas de Dios, trabajé con bastantes matadores, entre éstos Bartolomé Jiménez, Murcia, Angel García Padilla y Pascual González Almansa, y el primero de septiembre del 1913, después de actuar en el coso de la Barceloneta con Celita y Larita, un gallego y un malacitano que aquella tarde hicieron locuras con seis toros de don Félix Urcola, me retiré del toreo, en el que no veía un porvenir seguro. ¡En aquellos tiempos los subalternos ganábamos poco y tenemos que exponer mucho!

—Y además el toro de aquella época era una cosa muy seria, amigo mío.

—Y en Barcelona me quedé. Era necesario buscarse el condumio, y como me dolía de manera extraordinaria alejarme de todo lo que oliese al toreo, me dediqué a la fabricación de zapatillas, para lo que ya tenía alguna disposición, porque el autor de mis días, zapatero, y por si algún día llegaba a hacerme falta, me hizo aprender el oficio.

Confeccioné un par y se le remití a Rafael Ripollés, sastre y alquilador de «vestidos» de torear en Madrid, teniendo una aceptación loca.

¡Y todo ello alternándolo con mis trabajos periodísticos!

—Es verdad. Me dijo usted que...

—Sí, sí. Publicábase en la Ciudad Condal un semanario taurino, *El Miura*, del que era director y propietario el hoy popular empresario don Eduardo Pagés, y en él se insertaron muchos trabajos míos en defensa de la pureza de la fiesta brava.

Fundé, además, una revista, *Blanco y Verde*, en la que me ocultaba tras el seudónimo de «Clarito», siendo por consiguiente el primero que le usó; hice versos, continué «zapatilleando» y acabé por fijar mi residencia en este incomparable Madrid, donde la clientela coletuda empezó a subir como la espuma. ¡Y es que ponía y pongo todo el amor que siento por nuestro incomparable espectáculo cuando para trabajar me siento ante la mesilla!

Desde Joselito y Belmonte hasta la mayoría de los actuales diestros fueron y son parroquianos míos. ¡Figúrese usted si sé los puntos que calzan como toreros!

—Buena memoria!

—Mire, mejor dicho, escuche. Joselito, el 39; Belmonte, el 38 y medio; Gaona, el 36 y medio, y así le podía ir diciéndo las medidas de todos.

—¿Quién tenía o tiene los pies más grandes?

—El infortunado Agustín García Malla, el 42 largo, y los más pequeños Julio Gómez, Relampaguito, el 35 y medio.

—Muy bien, amigo Blanes. ¿Quiere ahora decirme el costo de un par de zapatillas?

—Un disparate. Antes se cobraban hasta doce pesetas. Ahora casi puede usted poner un duro por cada peseta. ¡Están los materiales por las nubes!

—¿Influye mucho la forma de torear con la fabricación?

—Ya lo creo! Muchísimo. Exceptuando a los banderilleros, los matadores gastan menos zapatillas que antes.

—¿Razón?

—Muy sencilla. Hoy se torea más parado, los matadores se mueven menos y, por consiguiente, el desgaste de tal prenda es menor.

—Convenido.

—No lo dude. Juan Belmonte, que como usted sabe fué el que más empezó a pararse, gastaba, como ahora su hijo, cuatro pares por temporada. En cambio a Joselito le tenía que hacer un par por corrida. El año 1916, que toreó 109, me compró otros tantos pares.

—Buen cliente!

—Y mejor torero. Ahora que los que van hacia el toro siempre han necesitado más zapatillas que los que esperan.

—¿Quiere usted contarme, como final, alguna anécdota con su profesión relacionada?

—Toreando en Madrid Ricardo Anlló, Nacional, y ahí está vivo para que no me deje por embustero, se le cayeron las zapatillas.

Yo, que presenciaba la corrida en unión del apoderado Alejandro Serrano, me quedé lívido, porque aquel incidente suponía para mí un gran desercito.

Bajé al callejón inmediatamente, y el banderillero Chato Laborda me salió al paso diciéndome: «¡No te preocupes, Diego! No son tuyas, son valencianas».

Al siguiente día, Nacional me encargó, de un golpe, ¡doce pares!

En otra ocasión, y con motivo de un viaje que hice a Córdoba, fui presentado a Guerrita en su Club, ya desaparecido, de la calle Gondomar.

Conocedor de mi especialidad, Rafael se lamentó de haberse quedado sin zapatillas de torear, porque el par que usó toreando su última corrida en Zaragoza se hallaba, como un trofeo, en una vitrina del Club.

Entonces le ofrecí unas, que desde luego aceptó. Se las envié, regaladas, y en seguida me escribió agradeciéndome la fineza y felicitándome por encontrarlas muy cómodas, porque le va a advertirle que aquel inmenso torero llevaba tan dentro de sí el oficio, que después de su inopinada retirada no usó otra clase de zapatillas para andar por su casa que no fueran las de torear.

LOS VIEJOS DEL RUEDO



Lorenzo MORENO,
portero de la enfermería,
está pesaroso de no
haber sido torero

**"Viendo los toros muy de cerca
—dice—, se comprende lo fácil
que debe ser torearlos"**

A Lorenzo Moreno lo colocó en la Plaza un torero que actuaba de asesor de la misma: Antonio Boto, Regaterín. Moreno gustó siempre de codearse con la gente de coleta, y hoy mismo, cuando ya no puede pensar, por la edad y las circunstancias, en libros de caballerías—de torerías, para decirlo con más propiedad—, se ve el torero frustrado que lleva dentro y que se manifiesta en todos y cada uno de los detalles que constituyen la personalidad de un individuo. Lorenzo Moreno entró a prestar sus servicios en la Plaza atraído más que ninguno por el afán de estar cerca de los toreros y de los toros. Siguió la trayectoria de servicios de todos los novatos, hasta venir a dar de portero de la Enfermería, cargo que actualmente ocupa y con el que parece muy encariñado. Al parecer, es porque desde este sitio puede ver los toros muy de cerca y, naturalmente, hasta parece que les ha perdido el miedo por completo. Durante las tardes de corrida, a Moreno se le nota una ancha sonrisa de satisfacción cada vez que el toro se acerca a su domi-

nios, y el menos observador advierte en seguida cómo este hombre siente el impulso de saltar al ruedo y entenderse con el cornúpeto. Pero...

—Siendo tanta su afición— le pregunto— cómo no se hizo usted torero oportunamente?
—Pues si le he de ser sincero, porque no había visto los toros de cerca. Uno cree a distancia otra cosa... Y luego se ve que no. De mí sé decirle que si en vez de empezar a ver los toros desde el tendido hubiera empezado a verlos de donde estoy ahora—desde el callejón—, acaso a estas horas sería un torero retirado, pero rico y famoso.

—En qué basa usted ese criterio?
—En una observación muy sencilla, resultado de una continuada experiencia: Viendo los toros muy de cerca, se comprende lo fácil que debe ser torearlos.

—¿Y usted no cree que de la suposición al hecho concreto va una regular diferencia?
—Indudablemente, y hoy ya no hay ni que pensar en eso, pero en su día si hubiera podido realizar esta ilusión que ahora resulta descabellada.

—¿Le da mucho trabajo su cargo de portero de la Enfermería?
—No habiendo incidentes, no. Pero figúrese usted cuando desgraciadamente ocurre algo. En casos como éstos me desquito de todos los días de tranquilidad.

—¿Ha presenciado usted muchas cogidas?
—Las suficientes para tener ya los nervios inalterables.
—¿Y muchos lanzes graves?

—El que me causó más dolor fue el de Félix Almagro. Almagro era amigo mío, y lo entraron degollado en la Enfermería. Era el primer torero que rendía su tributo de sangre en la Plaza nueva. Me causó una impresión imborrable, lo mismo que la muerte de Pascual Márquez, que fue la segunda víctima de la Plaza, y también era amigo...

—¿A usted mismo, le ha sucedido algún percance?
—Sí, señor, el único, pero afortunadamente no tuvo consecuencias, cuando pudo haber sido mortal. Fue una tarde del año 40, al saltar el toro al callejón... Yo estaba distraído y no tuve tiempo de saltar, a mi vez, para ponerme en salvo. Me subí al estribo interior del callejón y cerré los ojos... El toro pasó junto a mí como una tromba, rugiente y grito de furor. Tan ciego iba, que no me vio, y esta fue mi salvación, pero nunca me ha rozado la muerte tan cerca...

—¿Asistió usted a muchas corridas de toros?
—Desde el 23 de febrero del año 1902 llevo presenciados 1.443 festejos taurinos. Tuve siempre la curiosidad y el capricho de llevar estas cosas anotadas, y así puedo darle cuenta detallada de los más importantes sucesos taurinos que he visto. Por ejemplo: 105 alternativas, 181 debutantes, 16 muertes, 31 toros al corral y 11 despedidas.

—¿De qué Plaza conserva usted mejores recuerdos?
—De la vieja. Recuerdo incluso la primera novillada a que asistí. Toreaban Pastor y Saleri. También v. allí a Patricio Sanz, el 23 de febrero de 1902. La primera alternativa fue la de Saleri, el 30 de marzo de ese mismo año, y el primer debut el del Yeclano, el 17 de agosto. En la Plaza nueva ya le he dicho a usted que vi morir a Félix Almagro y a Pascual Márquez, y también he presenciado las despedidas de Marcial y de Villalta, dos acontecimientos que, en sentido inverso, me dejaron asimismo un recuerdo inolvidable.

—¿Es cierto que lleva usted un índice de la fiesta taurina desde su primera época de aficionado?
—Ciertísimo. Y en ese índice, que más que índice forma ya un verdadero libro, constan todas las corridas con las fechas en que se celebraron, las ganaderías, los diestros, los percances, los debuts, las alternativas, los avisos, las orejas concedidas, los toros fogueados, etc., etc.

—¿Tardó usted mucho en reunir todos esos datos y antecedentes?
—Once años justos. Los domingos por la mañana, que es cuando yo disponía de tiempo para estas cosas, me dedicaba a recopilar y ordenar todas mis notas, y de este modo logré poseer una documentación taurófila que los primeros consultar son los propios críticos e investigadores en materias de toros.

—¿Cómo no ha editado usted esa obra?
—Nunca pensé en ello y, claro es, en manuscrito la conservaré mientras viva, pues, al parecer, tal y como está presta muy buenos servicios a los que tienen necesidad de consultarla.

—¿Conserva usted alguna curiosidad más que demuestre su consecuencia y fidelidad por las cosas de toros?
—Sí, señor. De los dieciocho años que estuve abonado conservo también, coleccionados, los tacos de los filletes de acceso a la Plaza. Esto estoy seguro de ser el único que lo conserva, al menos en la cantidad y lo cuidadosamente coleccionados que yo los tengo.

—¿Está usted conforme con el personal de la Plaza del cual depende?
—Conforme? No, señor, porque conforme es poco. Lo que estoy es encantado de todos ellos: del doctor Jiménez Guirre, de los doctores Pardo, Castillo, Del Pino, don Arturo, etc. Con ellos se trabaja siempre a gusto y sin que parezca realizarse el más mínimo esfuerzo, porque no hay nada como trabajar a las órdenes de señores que más que mandar, empiezan por dar el ejemplo trabajando y obedeciendo ellos los primeros.

—¿Y de sus demás compañeros?
—Con todos me llevo como una seda, cosa bien explicable después de todo, contando como contamos con el jefe de personal extraordinario que es don Leonardo López, con el que no hay más remedio que portarse como él se merece.

Para terminar, Lorenzo Moreno nos refiere la tremenda escena que sostuvo con el infortunado Rabadán, cuando éste fué conducido a la Enfermería herido de muerte. Como tantos otros, Rabadán era también amigo de Moreno, y al verlo cerca de él afligido y lloroso, le dijo, echándole los brazos al cuello, mientras hasta la voz se le iba apagando en aquel cuerpo cuya vida se escapaba entre borbotones de sangre:

—Lorenzo: esta es la última, ya no hay nada que hacer... ¡Qué mala suerte he tenido...!

Y Lorenzo no pudo hacer ya nada más que estrechar entre las suyas la mano de un cadáver...

JUAN DE ALCARAZ

MANOLO ESCUDERO EN MADRID



Manolo Escudero atiende por teléfono a sus amistades que se interesan por su salud



Aquí le vemos en su casa, rodeado de sus tres hermanas



Con EL RUEDO pasa sus ratos de lectura. En la foto aparece leyendo la información dedicada a él en el último número

(Fots. Manzano)



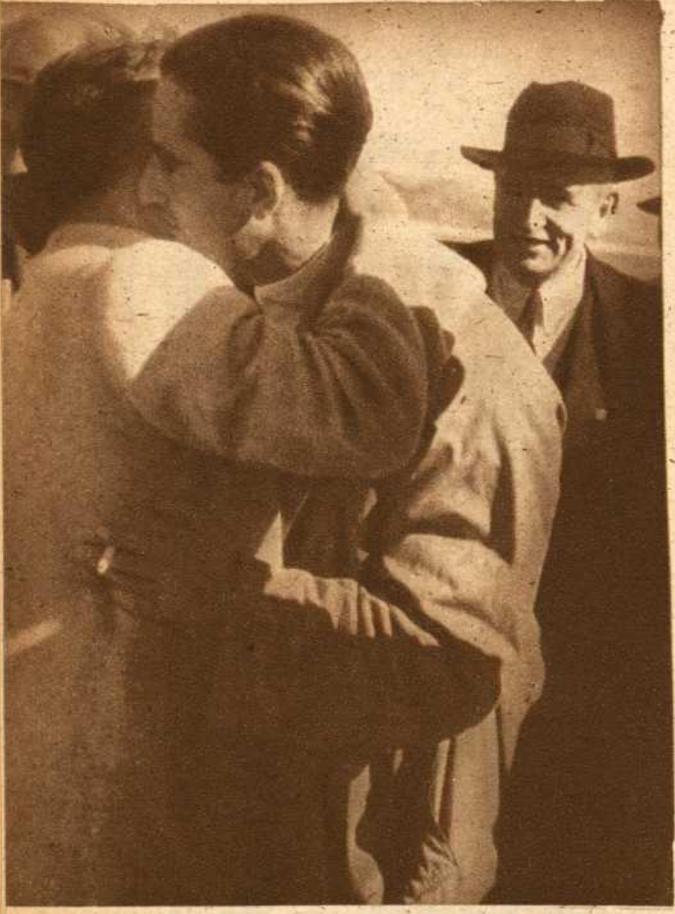
Belmonte sube al avión, dispuesto para salir hacia Lisboa



Juanito Belmonte con su madre y una amiga, momentos antes de partir para Lisboa, posa para el fotógrafo en el aeródromo de Barajas

JUANITO BELMONTE marchó a Lisboa para embarcar rumbo a AMERICA

Un reportaje gráfico de la despedida en BARAJAS

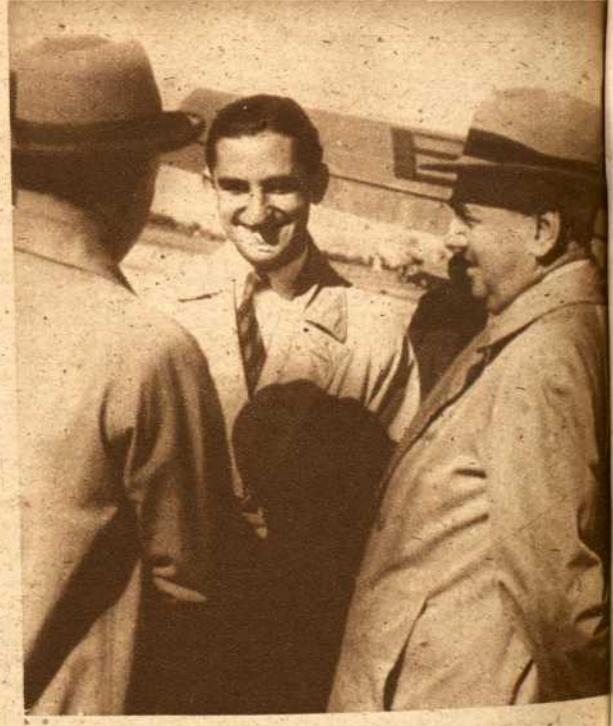


Arriba: El momento de la despedida: madre e hijo se abrazan.—Abajo: Una sonrisa aun antes de subir

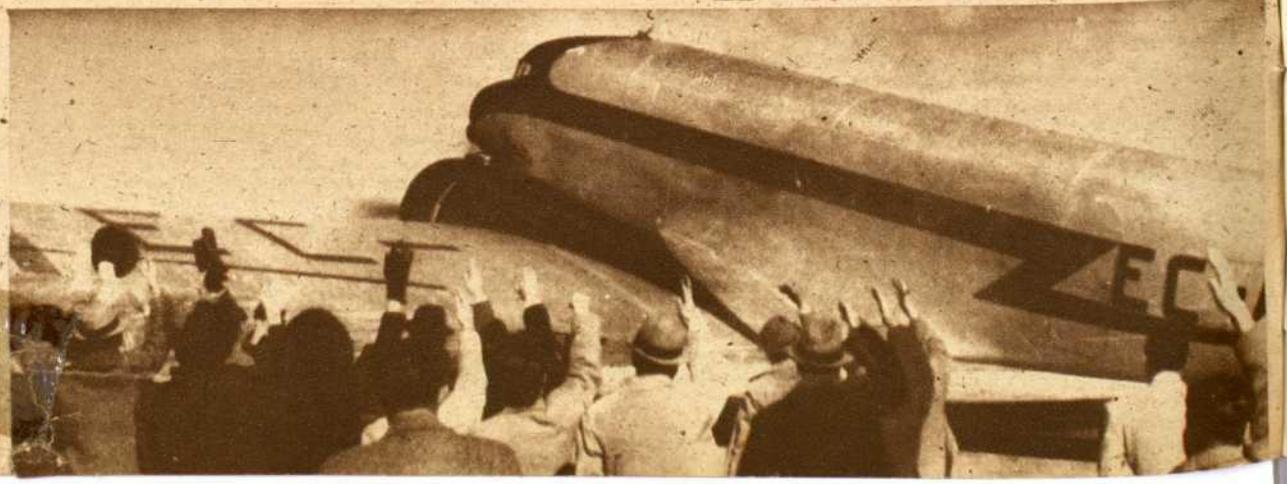


Un amigo charla con Juanito. Consejos, buenos deseos y... ¡suerte!

(Fots. Manzano)



Belmonte se despide de unos amigos. El adiós último. El avión va a salir. ¡Buena suerte, Juanito!





Recuerdo de antaño
(Dibujo de Perza.)



Toreros célebres: Rafael Molina, Lagartijo